



LA UNIÓN

EPÍLOGO

DE VUELTA A TU AMOR

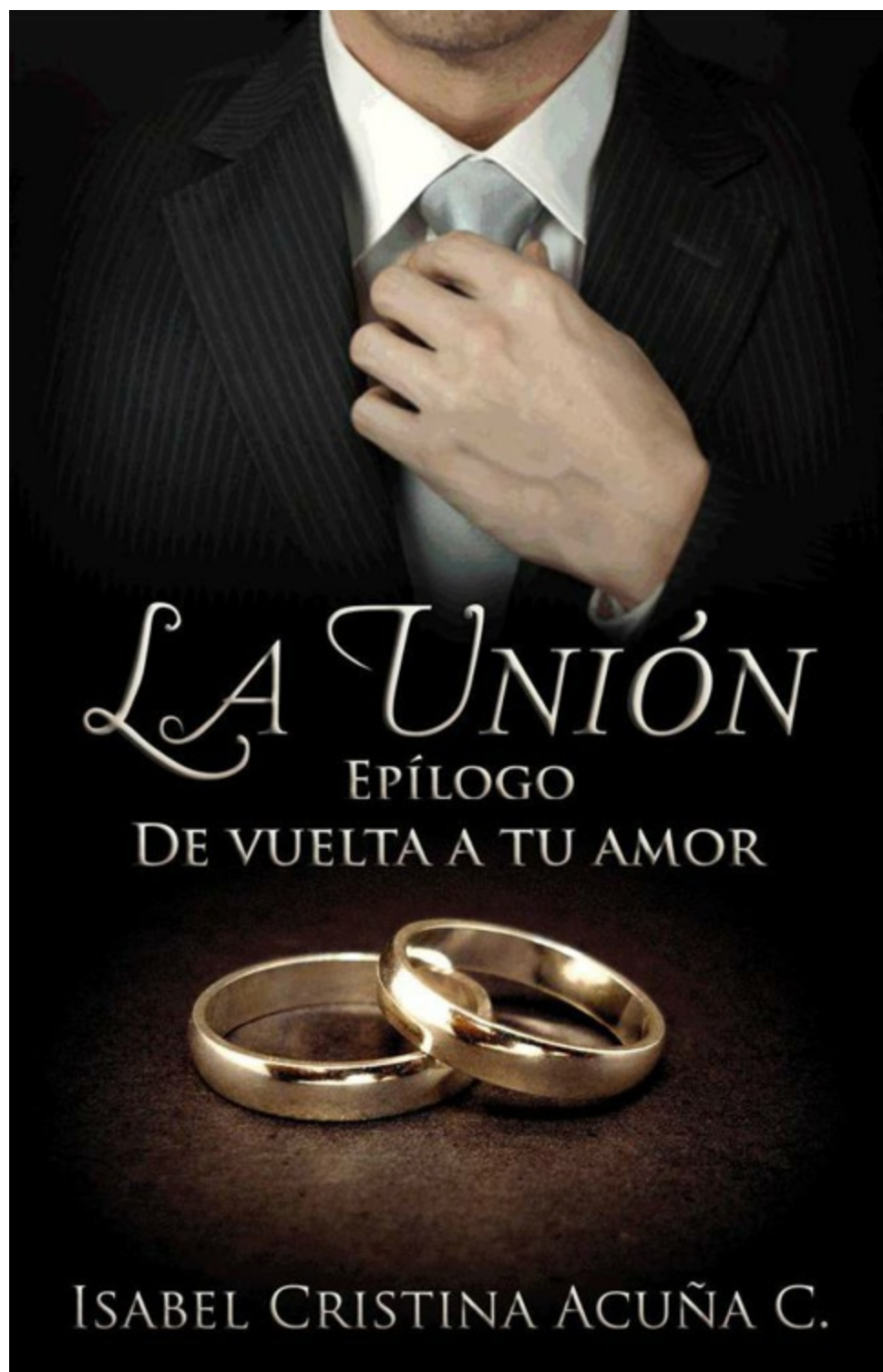


ISABEL CRISTINA ACUÑA C.

LA UNIÓN
EPÍLOGO
DE VUELTA A TU AMOR



ISABEL CRISTINA ACUÑA C.



Sinopsis

Melisa y Gabriel afrontan de nuevo el reto de estar juntos. Sin embargo, el peso de sus

sufrimientos y el tiempo que duraron separados, aún media en la relación. Empieza el

verdadero caminar, donde las inseguridades y los temores van de la mano de su

inquebrantable amor. Se renuevan promesas y sentimientos.

En el epílogo de esta historia; Melisa y Gabriel como el Ave Fénix resurgen de las cenizas y se

reconcilian con el pasado, para dar la bienvenida a la nueva vida que los espera.

Contenido

[Sinopsis](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

Cita: [El Cantar de los Cantares](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

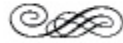
[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Sobre la autora](#)

LA UNIÓN

EPÍLOGO
DE VUELTA A TU AMOR



ISABEL CRISTINA ACUÑA C.

Créditos

© 2010 Barranquilla, Isabel Cristina Acuña Caballero.

Registro de Autor: 1-2013-45145

Oficina de Registro de Autor. Min. de Justicia.

Colombia.

Editado por Isabel Cristina Acuña Caballero en Colombia
para CreateSpace.

Diseño de portada por Nadia Salamanca Fuenzalida en Chile.

Diagramación interior por Nadia Salamanca Fuenzalida en Chile.

<http://diseno-sos.blogspot.com/>

Primera Edición: Septiembre 2013

ISBN-13: 978-1492739395

ISBN-10: 1492739391

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.



Dedicatoria

*A mi preciosa hija,
con mis mejores deseos por su felicidad.*



Mi amado es mío y yo soy suya.

El Cantar de los Cantares 2:16

Capítulo 1

Corría como si la vida le fuera en ello y así era. Con la respiración agitada y el corazón a punto de

tiro, miraba hacia atrás de vez en cuando. Solo veía el verde de la selva, que parecía correr detrás para

tragárselo, y los árboles que se extendían como flechas hasta el cielo.
Percibía las grietas y las trampas

de maleza a su paso. Escuchaba el susurro de los animales, el revoloteo de alas invisibles. El intenso

olor a clorofila y humedad le produjo náuseas y entonces lo sintió. Alguien lo cogía de la cadena que

tenía amarrada al cuello, tiraba y tiraba, lo que le produjo asfixia. Trataba de defenderse con las manos,

pero era inútil. Otra vez volvía al hueco negro en el que había estado refundido casi dos años.

—¡No! ¡No voy a volver! ¡Malditos, malditos!

—¡Gabriel para, por favor, despierta! —Melisa lo movía para sacarlo de la pesadilla en la que se

encontraba. Su cuerpo se sacudía bruscamente y los dolorosos quejidos le partieron el alma.

Abrió los ojos asustado. Aún estaba inmerso en el espejismo.

—¡No! ¡No! —gritó, acostado, todavía manoteó en el aire, lo que hizo que Melisa brincara al extremo

de la cama para evitar un golpe.

—Mi amor, estás a salvo, estás conmigo —Melisa se acercó de nuevo y se tendió junto a él.

—¡Dios mío!

Gabriel se levantó enseguida y se sentó en la cama con los codos sobre las piernas y la cabeza entre

las manos. Era la cuarta pesadilla en los tres meses que llevaban juntos. Se dio la vuelta y la miró con

temor.

—¿Te he hecho daño? ¿Estás bien?

La primera vez que ocurrió la había lastimado, pero ella sabía que Gabriel aún no se perdonaba por

eso. Estuvo una semana sin dormir con ella. Era un hombre orgulloso y Melisa estaba al corriente de que

no le gustaba mostrar vulnerabilidad en ninguna faceta de su vida. Le había dado unos días para que se

calmara, pero al ver que pasaba una semana y persistía en ello, había entrado una madrugada al cuarto de

huéspedes y le había dicho que si no podía compartir lo malo, entonces tampoco estaba lista para

compartir lo bueno y que volvería a su casa. Gabriel en principio se negó, suplicó, discutieron, hasta que

accedió a dormir de nuevo con ella a regañadientes y con muchas reservas.

Ella se arrodilló en el lecho y le acarició la espalda cubierta por una película de sudor. Trató de

abrazarlo, pero él fue más rápido y se levantó de golpe. Caminó como fiera enjaulada, se llevó las manos

atrás de la cabeza.

—No debería dormir contigo.

—Ya lo hemos discutido.

—Estás bajo mi responsabilidad. Aceptémoslo hasta que termine la terapia.

—Mi lugar está en esta cama contigo y con todo tu equipaje.

A pesar del tono suave empleado por Melisa, Gabriel sabía que nada la haría cambiar de opinión.

Cuando ella quería, era pura roca.

—No quiero volverte a lastimar.

—No lo harás —le contestó ella con convicción—, porque te apoyarás en mí.

—¿Así como tú te apoyas en mí? —el reproche en su tono fue evidente, pero al ver su expresión se

arrepintió enseguida de sus palabras. La abrazó angustiado—. Mi amor. Te necesito tanto, tanto... Eres

mi sanación, mi amor, mi amor, mi amor...

—Aquí estoy para ti.

El ansia tan elocuente con que la había sujetado hizo que Melisa lo abrazara con vigor para calmarlo.

Dejó la angustia a un lado y se vistió de ternura para él. Se volvieron a acostar, abrazados. Gabriel

apoyó la cabeza en el pecho de Melisa y cerró los ojos. Ella le acariciaba el cabello

—Descansa, mi vida. Te prometo que mañana todo irá mejor.

—Deseo que esas horrorosas pesadillas queden atrás —le susurró después de un bostezo.

—Quedarán enterradas bajo miles de momentos felices. Te lo juro.

Era viernes y habían llegado a la cabaña de Santa Marta a últimas horas de la tarde. Gabriel llevaba

dos meses inmerso en una fusión importante de una de sus empresas y le había pedido, no, pedido no...

exigido un par de días en la soledad del lugar. La respiración de Gabriel se normalizó, lo que indicaba

que ya se había dormido. Para Melisa fue más difícil conciliar el sueño. Deseaba tanto ayudarlo. Para ser

un hombre que había sufrido la experiencia de un secuestro había evolucionado muy bien. Los ataques de

ansiedad no se habían vuelto a repetir y ya había reanudado su vida social, en la que ahora estaba

incluida ella. Las pesadillas y los recuerdos eran lo único que quedaba de la amarga experiencia.

Melissa despertó horas más tarde y observó a Gabriel que dormía boca abajo con medio cuerpo

enredado en la sábana. El rostro varonil de su esposo estaba relajado, quiso acariciar su frente, delinear

las cejas, pero no quería despertarlo. Ella sonrió ante el largo absurdo de sus pestañas, las envidiaba. Se

percató de que las líneas alrededor de la boca se estaban desvaneciendo. No quedaban rastros de lo

ocurrido la noche anterior, por lo menos en su apariencia externa. Se levantó despacio, se vistió deprisa,

intentó silenciar sus acciones y salió de la habitación. Hasta ella llegaban los rayos de sol del amanecer y

el sonido de las olas del mar. En la cocina puso la cafetera y anduvo rumbo a la playa, como hacía todas

las mañanas que visitaba aquel lugar.

El paisaje se abrió ante ella como una hermosa postal. Dio gracias al cielo por poder disfrutarlo y

por la bendición de tener a Gabriel de nuevo en su vida. Lo adoraba, era un sentimiento que iba más allá

de todo lo que había vivido hasta ese momento. Su semblante se ensombreció un poco, al saber que ese

mes tampoco le daría la noticia tan anhelada por ambos, más por ella, que deseaba tanto quedar

embarazada, pero parecía que la vida tenía otros planes. Hacía tres meses que habían vuelto. Todavía era

muy pronto para consultar a un médico y a lo mejor todo lo ocurrido le pasaba factura a su cuerpo, lo que

podía ocasionarle algún ligero desorden. Esperaba que fuera eso y no el aborto que había sufrido tiempo

atrás. A veces pensaba que vivía en un sueño. Había estado mucho tiempo sin permitirse ser feliz y otras

veces pensaba que un mal designio acabaría de nuevo con todo, como hacía dos años. Ese era uno de los

temores que se guardaba para sí y, por lo visto, no lo había hecho bien, porque Gabriel la tenía calada.

No le pasó desapercibida la pregunta de la noche anterior. Le guardaba sus celos para no abrumarlo.

Desde que habían vuelto, encontraba cualquier pretexto para estar con él.
Las horas que Gabriel

pasaba en la oficina se le hacían eternas y cuando llegaba buscaba
enseguida su contacto de manera

alucinante. Le acariciaba el rostro, le besaba los labios y los ojos, lo tocaba
en todo momento, le

aferraba la mano y sabía que Gabriel adivinaba su condición porque estaba
peor que ella. La llamaba

decenas de veces a lo largo del día y la reñía si se retrasaba en alguna
diligencia. A veces lo notaba

avergonzado y le decía que no deseaba ahogarla o privarla de hacer sus
cosas, pero el temor a perderla

ganaba cualquier batalla en su interior y con eso su marido no jugaba. A
continuación observó el mar otra

vez y se levantó para volver a la cabaña.

Lo encontró junto a la mesa de la cocina cortando unos trozos de fruta en un
bol. Sus ojos de musgo

descansaron en ella. Melisa sonrió orgullosa de saber que ese hermoso
hombre le pertenecía. Caminó

hacia él y apoyó el rostro en su espalda y le pasó las manos por debajo de
los brazos hasta posarlas en su

pecho. Vestía un bañador y tenía el torso desnudo. Besó su espalda y le
acarició los pectorales. Lo oyó

suspirar.

—Buenos días, amor de mi vida.

—Buenos días, preciosa.

Lo aferró más a ella.

—Melisa, ¿qué pasa?

Era incapaz de decirle la verdad.

—Que soy muy feliz, que tengo el marido más guapo del mundo, además de trabajador y...

Gabriel gruñó, dejó enseguida lo que estaba haciendo, se giró despacio, se limpió las manos con una

toalla de cocina y las apoyó en la mesa.

—¿Qué pasa, mi amor? Si es por lo ocurrido anoche, no tienes que...

Ella se perdió en su mirada y se arrebujó en él, para pegar la nariz y aspirar su aroma. Susurró algo

que él no entendió.

—¿Cómo? —la sujetó por la nuca y le levantó el rostro.

—Tengo miedo —le confió con los ojos cerrados, negándose a mirarlo.

El tono de voz en el que fueron pronunciadas las palabras lo enterneció. La contempló unos segundos

en silencio, le apartó un mechón de cabello y le besó la nariz. Luego la llevó a una de las sillas y la sentó

en sus piernas como si fuera un bebé. Cogió sus manos y le besó las palmas.

—¿A qué tienes miedo?

—A que todo sea un sueño, que vuelvan a separarnos. A que me dejes de amar, a no poder darte

hijos.

—Shsss... Tranquila, mi amor.

—Es que...

Acercó la cabeza y sus labios encontraron la boca de Melisa dócil y dispuesta. La besó con suavidad,

saboreándola, disfrutando como siempre de ese momento mágico que solo ella le brindaba. Segundos

después le habló al oído.

—No es un sueño y te lo puedo demostrar ahora mismo —sonrió ante la mirada de ella—. Nadie

volverá a separarnos, te amaré hasta el último día de mi vida y más. Te daré hijos e hijas con tus ojos y tu

corazón.

La única promesa que tenía asidero era que la amaría hasta el día que muriera, que la locura que

había empezado en Cartagena lo acompañaría hasta el día de su muerte. Lo sentía en lo más profundo de

su alma. Vivir sin ella era como tratar de vivir sin un corazón, imposible. Pero para el resto de promesas

debía revestirse de fe, sí, únicamente la fe haría que ellos tuvieran la vida que merecían. La sintió algo

más tranquila. La abrazó y la besó para arrasar con los malos pensamientos. Él también necesitaba

convencerse de que nada saldría mal.

—Júrame que no nos separaremos más, Gabriel—insistía ella.

—Te lo juro por tu vida que es lo más valioso para mí. Te lo juro.

La expresión de Gabriel cambió enseguida a un gesto oscurecido por el deseo. Solo ella contaba con

la capacidad de hacerlo arder con una simple caricia o con su tono de voz suplicante y demandante.

Cuando pronunciaba su nombre, solo podía imaginarla gimiendo entre las sábanas.

La levantó y la tumbó en el sofá que tenía más cerca. Entre besos ansiosos y desaforados la cubrió

con su cuerpo. Deseaba aguantar un poco la pasión. Desde el regreso anhelaba poseerla con urgencia,

como si se la fueran a arrebatar de un momento a otro. Necesitaba respirarla, respirar a través de ella.

Ansiaba dominarla con ímpetu de pasión. Arrancarle la ropa, hacerla suya mil veces más, atar su cuerpo

al de ella desde la punta de los pies hasta lo más profundo del alma. Atravesarle la boca con la lengua

hasta más allá de la garganta. « ¿Cuándo cesará esta locura? ¿Cuándo?» se preguntaba mientras la

observaba ruborosa y apasionada. Melisa arqueó la espalda al entrar en contacto con el pecho de Gabriel

y empezó a gemir cuando sus manos emprendieron el camino de los pechos.

—Me calientas tanto... —le susurraba mientras la despojaba del vestido de baño y hundía los dedos

entre sus nalgas, al tiempo que la acomodaba para disfrutarla.

—No era mi intención —contestó ella con simulada seriedad a punto de soltar la carcajada. Lo

deseaba todo el tiempo.

La fulminó con una mirada inexorable y en tono ronco le ordenó:

—Quiero que sea tu intención siempre.

Se amaron en el sofá. La cabaña fue testigo de los gemidos desmayados de Melisa, de las

aspiraciones roncadas de Gabriel, de la liberación de los dos, del deseo de Gabriel de llegar con sus

embestidas a algún punto inalcanzable, de las palabras de amor que se alejaban para perderse con el

sonido de las palmeras silbantes y de las olas del mar. Cuando cayó exhausto sobre ella, la acarició con

ternura y le besó la frente, le puso el cabello detrás de la oreja y aspiró su aliento mientras saboreaba sus

labios entreabiertos. Ella sonrió con los ojos aún cerrados.

—¿Por qué sonríes?

—Porque tan pronto abra los ojos me voy a encontrar al hombre más hermoso que he visto.

Él soltó una carcajada y le acarició el abdomen.

—Hermoso —le dijo en tono jactancioso—. Entonces soy hermoso.

—¡Por Dios! ¿Qué he dicho? —abrió un ojo y le sonrió—. Lo que hacemos las mujeres después de un

orgasmo.

A continuación trató de levantarse, pero su marido tenía otros planes.

—Dicen siempre la verdad.

Se deslizó con ella y a punta de cosquillas y jugueteos le hizo repetir y prometer todo lo que se le

ocurrió.

El resto del día pasearon por la playa, se tumbaron al sol y por la tarde recorrieron la ciudad y los

alrededores. Melisa compró artesanías y un bolso tejido por los indios arahuacos. Llegaron a la cabaña y

se bañaron juntos después de hacer de nuevo el amor.

Gabriel le había pedido antes que se arreglara para una cena formal. Melisa pensó que volverían a

salir, pues no le había dicho nada más. Cuando se reunieron en la sala, Gabriel silbó por lo bajo.

—Estás hermosa.

—No tanto como tú.

Gabriel le sonrió con gesto de complacencia. Vestía un pantalón de lino y camisa suelta de lino

también. A Melisa le recordó la noche de su primera cena en el restaurante de Cartagena.

El vestido de ella era sencillo, de color hueso de algodón por debajo de la rodilla, sin mangas y un

pequeño escote que mostraba algo de piel ligeramente bronceada. La tomó de la mano y la llevó por un

camino de antorchas a unos metros de la playa, a una mesa arreglada de forma elegante. Un amable

camarero se acercó.

—Mi amor, ¡qué sorpresa!

—Para ti lo mejor.

Habían actuado de manera sigilosa, pues Melisa no se había dado cuenta de nada. Se le había hecho

extraño que Gabriel hubiera mandado prender algunas antorchas, pues les tenía prohibido a los escoltas

que se acercaran a la cabaña. Estaba encantada, la comida había sido encargada a uno de los mejores

restaurantes de la ciudad y consistió en un plato de mariscos bañado en vino blanco y ensalada griega.

La noche era perfecta, la luna brillaba y una suave brisa mecía las palmeras casi al mismo ritmo en

que arribaban a la playa las olas del mar. El momento era mágico, el amor flotaba en el ambiente. A los

lejos llegaban los acordes de una canción desde el equipo de alta fidelidad que había en la cabaña.

Gabriel la invitó a bailar, se pegó a su cuerpo al ritmo de un bolero instrumental. No era buena bailarina,

pero junto a él flotaba. Gabriel posó sus manos en las nalgas.

—¡Atrevido! ¿Qué dirá el camarero? —le susurró Melisa algo apenada.

—¿Muy atrevido? —la acarició con más ímpetu y la pegó más a él—. Lo despaché con un gesto hace

unos segundos. Estamos solos.

—Tus vigilantes están por algún lado y tenlo por seguro que no te quitan la vista de encima.

—Les di un rato libre, no te preocupes.

La abrazó y le susurró al oído, con una voz profunda y oscura que la hizo estremecer, la canción de la

melodía que les llegaba desde la casa: «Bésame, bésame mucho, como si fuera esta noche la última vez».

En ese momento la obligó a mirarlo y le siguió cantando: «Que tengo miedo a tenerte y perderte

después». Gabriel dejó de cantar y volvió a pegarla a su pecho. Melisa estaba más allá de la emoción,

parecía que su corazón iba estallar de gozo por la felicidad compartida. Al terminar la canción volvieron

a la mesa. Gabriel no dejaba de mirarla, sacó una pequeña bolsa de terciopelo azul oscuro y se la

extendió.

—Mi amor...

Gabriel deseaba llenarla de joyas de la cabeza a los pies, pero sabía que eso no haría feliz a su

esposa. Sin embargo, en cuanto vio la piedra de la joya que Melisa extendió en sus manos, mandó diseñar

lo que para él era un símbolo de su amor.

—Gabriel...

Él sonrió ante el gesto de ella.

—¿Te gusta?

—Es... —expresó sin aliento— preciosa.

Era una hermosa gargantilla en oro blanco, con las iniciales de los nombres de los dos unidas por un

corazón que era un diamante azul claro incrustado en una montura de diamantes plateados. Melisa nunca

había visto una piedra tan perfecta. Era un fino trabajo de joyería. Gabriel la contemplaba expectante. A

Melisa se le aguaron los ojos ante lo que significaba o lo que creía ella que significaba, y no se

equivocó.

—En cuanto vi la piedra te recordé en la playa de Barú. Te he dicho mil veces que el color de tus

ojos es el mismo —carraspeó, emocionado. Gabriel se levantó, llegó hasta ella y tomó la cadena en sus

manos—. Esa tarde me hechizaste y bendito sea el momento en el que mi corazón dejó de pertenecerme.

Es todo tuyo. Obsérvalo, está ocupado por ti. Es un símbolo de mi amor que quiero que lleves siempre.

Tienes mi corazón en tus manos.

Le puso la joya con gesto nervioso y cuando abrochó el cierre no pudo evitar acariciarle la nuca. Ella

sintió que esa caricia la quemaba, quería deshacerse bajo el toque de sus manos, derretirse de amor en

esa playa mágica.

Melisa nunca olvidaría esa noche, la luna inmensa, las estrellas desparramadas en el cielo, y la

mirada verde musgo de su Gabriel que la envolvía, la esclavizaba y la liberaba, la hacía sentirse viva.

—Mi amor —le dijo emocionada—, te amo. La vida no me alcanzará para dar rienda suelta a este

amor que siento por ti. Quiero despertar todos los días entre tus brazos, reír entre tus labios y que me

mires así siempre.

—Quiero que te cases conmigo.

Ella sonrió.

—Ya estamos casados.

—Por la Iglesia.

—A los ojos de Dios ya estamos casados —contestó reticente.

—Necesito hacerlo, amor —señaló él, mientras trataba de convencerla.

—No es necesario, me siento tu esposa desde hace mucho tiempo —le sonrió y le acarició el

rostro—. Hay un papel firmado por ahí, en algún lado —contestó queriendo quitar hierro al asunto.

Había estado tan disgustada con Dios por todo lo ocurrido que le parecía una hipocresía plantarse

delante de un sacerdote para bendecir la unión, pero Gabriel pensaba diferente; es más, él, que había sido

poco creyente o hasta donde ella sabía, la arrastraba a la iglesia los domingos.

—Quiero empezar de cero.

— ¿Por qué?

—Mi amor, quiero poner el mundo a tus pies. Nunca imaginé, cuando nos conocimos en Cartagena,

que pudiera existir un sentimiento semejante. Me haces el hombre más feliz del mundo y quiero que tú

sientas igual. Me has dado muchas cosas. Te dije una vez que a tu lado soy mejor persona. Por favor,

todo esto que siento quiero que lo bendiga Dios.

Ella lo miró dubitativa.

—No sé...

Él le aferró las manos y le dirigió una mirada punzante. Parecía adivinar todo lo que pasaba por la

cabeza de ella.

—Mi amor, Dios impidió que yo terminara con mi vida en esa selva.

—Gabriel, me matas —le decía ella con la voz entrecortada de angustia—. Él no te ayudó, dejó que

te refundieras todo ese tiempo.

—Cariño —ella cerró los ojos de golpe—, escúchame, por favor. ¿Si tú no lo haces entonces quién?

No lo hago por atormentarte, solo quiero que me entiendas. Estás equivocada, Dios guió todos mis pasos,

me libró de cosas peores y me dio la esperanza de un mañana mejor. Sin él no habría durado ni un mes.

Viví en un infierno y, sin embargo, había pequeñas cosas que me indicaban que Dios estaba conmigo. Me

visitabas en sueños, mi corazón te recibía por las noches. Te sentía, Melisa, sin saber quién eras y si eso

no es un jodido milagro, entonces no sé qué más puede ser.

Se miraron con fijeza. Para Melisa, la visión de Gabriel se tornó borrosa.

—No soporto pensar en todo lo que tuviste que pasar —Gabriel la abrazó y le acarició el cabello.

—Estamos de nuevo juntos y es lo único que me importa. No te voy a presionar más, si no deseas

casarte por la Iglesia está... —ella lo acalló con un dedo en los labios que convirtió en caricia, fijó su

mandíbula con la otra mano. Melisa haría cualquier cosa por él. Su esposo había sufrido algo

abominable, algo que no debería sufrir nadie en este mundo. A pesar de toda su fuerza guerrera era un

hombre herido, vulnerable y ella no le iba a dar motivos de preocupación.

—¿Cómo puedo negarte algo si eres el centro de mi vida? Si todas las mañanas tengo el privilegio de

despertarme al lado del mejor hombre del mundo, el hombre que amo por encima de todo. Hagámoslo, mi

amor.

—¿Estás segura? Quiero una boda por todo lo alto, pero si deseas algo más íntimo lo haremos.

Aparte de los motivos que le dio a Melisa, Gabriel deseaba en el alma borrar la manera tan

detestable con que la había tratado su familia durante el secuestro. Aunque después sus padres la

hubieran compensado de alguna forma, el remordimiento seguía ahí. Después del trato que le había

dispensado él en Nueva York, deseaba crear nuevas vivencias. Además, aunque la noticia de la

implicación de Melisa como sospechosa del plagio nunca estuvo en los medios, su padre se aseguró de

ello, no quería suspicacias, ni malos entendidos, y la mejor forma era haciendo un casamiento con todas

las de la ley. Necesitaba mostrarle al mundo que Melisa era suya en cuerpo y alma, que esa mujer

excepcional le pertenecería para siempre.

Capítulo 2

Regresaron a Bogotá al día siguiente, descansados y bronceados, para sumergirse en la vorágine de

los preparativos de la boda.

Cuatro semanas después ya no estaba tan seguro. Entre su madre, su suegra y la coordinadora de

bodas lo estaban volviendo loco. Optó por la salida de todos los hombres, cuando de decisiones

hogareñas se trataba: dejó todo en manos de Melisa y una organizadora de bodas. Lo único que exigió, en

medio de la negociación, era que la boda se celebrara en Cartagena.

Melisa actuó como un general con la coordinadora de eventos, le dijo a Gabriel que a partir de ese

momento ella se encargaría de todo y supo mantener a raya a Amalia y a Mariela que, aunque bien

intencionadas, no compartían el mismo parecer en cuanto a decoración, platos y menús. Mantuvo los

preparativos en secreto y Gabriel la dejó hacer encantado.

Mientras tanto, Gabriel, ya inmerso en su trabajo, recibió la visita de Joaquín Campos, el guerrillero

desmovilizado al que le había prometido trabajo en cuanto terminara el curso de informática que

realizaba con una entidad del Estado. Lo recibió enseguida. Notó al joven algo apabullado al entrar a la

oficina. «El cambio de roles», sentenció en sus pensamientos Gabriel. Respondió al saludo con un

apretón de manos que notó algo húmedo. Lo invitó a tomar asiento y después por el intercomunicador

pidió a la secretaria un par de cafés.

—¿Ya ha terminado el curso?

—Sí, don Gabriel. Aquí traigo los papeles que me certifican como experto en informática.

Gabriel cogió el legajo y leyó cada uno de los papeles.

—Sacaste buenas notas.

—Sí, señor.

Otra vez el silencio. Entró la secretaria con una bandeja. Joaquín tomó la taza con gesto algo nervioso.

—¿Has vuelto a hablar con alguno de ellos?

Joaquín sabía que con «ellos» se refería al grupo al que había pertenecido hasta hacía un año atrás.

—No, señor. No estaría aquí en este momento.

—Entiendo. ¿Has pasado currículums a otras empresas? —preguntó Gabriel al tiempo que depositaba su mirada en el joven.

—Sí, señor —dudó un momento y Gabriel terminó por él.

—Yo fui tu último recurso —el joven asintió—. ¿Por qué?

Lo miró callado durante unos segundos.

—Me avergüenza lo ocurrido. No es fácil para mí mirarle a la cara.

—Entonces, ¿por qué no aceptaste la propuesta en otra parte?

La mirada de angustia y desespero de Joaquín tocó una fibra sensible en el alma de Gabriel. Este

joven tenía una familia que mantener.

—La gente no quiere nada con nosotros, don Gabriel. Piensan lo peor.

Gabriel quiso reprocharle muchas cosas. Decirle que ellos mismos eran los culpables de su actual

situación, pero no sacaría nada con eso. Se quedó unos instantes pensativo y de pronto se le ocurrió una

idea.

—¿Cuántas personas viven contigo y cuántos son cabeza de familia?

—Somos doce en este momento y ocho son cabeza de familia.

—Vamos a hacer lo siguiente.

«Llegó el momento de ensuciarse las manos por los demás», pensó sorprendido de ver hasta dónde

había cambiado por Melisa, por el secuestro, por la vida, en fin...

—Necesito que me reúnas una información.

El joven lo miraba algo desconfiado.

—No voy a acusar a nadie.

—No se trata de eso. Debes aprender a confiar en mí. Lo que te voy a plantear tiene que ver con el

futuro tuyo y del resto de compañeros.

—Lo escucho.

Mariela revoloteaba alrededor de Melisa mientras esta preparaba la cena de Gabriel. Aunque tenía

empleadas de sobra para ello, le gustaba agasajar a su esposo con algún plato preparado por ella. Era

noche de lasaña. Rallaba el queso de forma brusca e impaciente. La rigidez en sus gestos transmitía

claramente su estado de ánimo.

—El pobre no tiene la culpa.

—¿De qué hablas?

—Que no estás rallando el queso, lo estás machacando.

Melisa soltó los utensilios y le pidió a Antonia, una de las empleadas, que siguiera con la labor.

Mientras tanto ella se dirigió a uno de los muebles y sacó un par de bandejas de vidrio.

—Quiero que le lleves una bandeja a papá.

—Se chupará los dedos, estoy segura.

Melisa había tenido el periodo esa tarde y se sentía miserable. Tan pronto concluyeran esos días

pensaba ir al ginecólogo. Ya era hora de examinarse y averiguar cuál era el problema. No quería que su

madre se enterara, pero percibía su mirada y sabía que algo andaba mal. Mariela, aparte de sabia, era

bruja. Revolvió la salsa boloñesa con la cuchara de palo y la dejó en un plato de porcelana. A

continuación procedió a preparar la salsa blanca. En una sartén echó una barra de mantequilla que

chisporroteó e invadió el lugar con su aroma, la mezcló con harina de trigo hasta obtener una pasta suave,

le agregó la leche sin dejar de remover y luego la cebolla rallada y le pidió a Antonia la pimienta. Armó

la lasaña mientras le hacía preguntas banales a Mariela sobre la joyería y la exhibición de las diferentes

piezas en un stand de una importante feria que les había otorgado buenos contactos. Melisa se

sorprendía del desparpajo de su madre al abordar el tema de la joyería. Se sentía orgullosa de ella.

Después de un par de minutos de silencio, y cuando puso las dos bandejas en el horno y despachó a

Antonia de la cocina, se sentó junto a ella alrededor de la mesa del comedor auxiliar con sendas tazas de

té. La cocina era una mezcla de olores agradables: orégano, finas hierbas, revuelto con el aroma de la

cebolla y la lasaña que salía del horno. Todos los electrodomésticos eran de última generación. A Melisa

le encantaba el lugar.

—¿Me vas a decir qué te pasa?

Melisa tomó la taza con las dos manos y sorbió el líquido caliente.

—Tuve el periodo esta tarde.

—Entiendo.

—Algo debió pasar cuando perdí a mi bebé —el tono utilizado denotaba que aún le dolía

profundamente esa pérdida—. Fue tan fácil la primera vez.

—Has pasado por muchas cosas. Deja que tu organismo encuentre el equilibrio por sí solo. No te

presiones o será peor.

—Es que quiero que todo sea como antes del secuestro.

—Nada será como antes, debes entenderlo. Ustedes son personas distintas, con una profunda

experiencia dolorosa a cuestas. Pero son jóvenes... ¡Disfruta estos momentos con tu esposo! Tuvieron su

vida suspendida un tiempo, están recién casados, están aprendiendo a conocerse y a convivir. Además,

las mujeres de mi familia somos tardías para los embarazos. Tú llegaste después de siete años de

matrimonio.

Melisa la observó con gesto desolado.

—Deseo tanto un hijo...

—Tú quieres que regrese el hijo que perdiste, ese es el problema. ¿Cómo vas a conseguir quedar

embarazada si no lo dejas ir?

—Como si fuera tan fácil.

—¿Gabriel te presiona de alguna forma para tener hijos?

—No, ¡cómo se te ocurre! He tratado de ocultarle mis sentimientos.

—Ese marido tuyo bebe los vientos por ti de una manera... —puso los ojos en blanco—. Si se

enterara de cómo te sientes buscaría una solución solo para no verte tan preocupada.

—Lo sé.

—Paciencia, Melisa, paciencia. Si no es tu momento ahora por algo será y si te estresas será peor.

Debes consultar un médico, esa ansiedad no es normal. Eres una mujer fuerte a pesar de tus temores. No

le des el mando a tus miedos. No quieras tener todas las pelotas en el aire, porque terminaran en el suelo.

Bueno, y cambiando de tema, ¿ya escogiste el vestido?

Una semana después Gabriel llegó de la oficina y Melisa estaba en el estudio con un par de carpetas

en las manos, en las que había una propuesta que le había hecho llegar una trabajadora social con una

solución para los desplazados víctimas de la violencia que volvían de nuevo a sus tierras en varias

regiones del país. Melisa estaba evaluando entre varios proyectos para escoger uno y llevarlo a cabo con

el dinero que Gabriel había destinado para ello. Habían iniciado el proceso de crear una fundación, y

todos los trámites legales y comerciales llevarían un tiempo. Al encontrarse sus miradas, Melisa se sintió

hermosa, amada y al recibir el beso y el abrazo de Gabriel le invadió la vitalidad que aún traía su esposo

después de una dura jornada de trabajo.

—Tengo que comentarte algo —le dijo mientras se desembarazaba del abrigo y la chaqueta. Melisa

se los recibió y los puso en una silla. Lo llevó al sofá con ella.

—Te escucho.

Gabriel le relató, algo abochornado, lo ocurrido con Joaquín Campos meses atrás al salir de la

taberna, pero la mirada de Melisa destilaba comprensión y aceptación. Entonces él se relajó y le habló

de las disculpas y de la visita que le había hecho el joven unas semanas antes, y luego le contó lo que

tenía en mente. Después de que Joaquín saliera del lugar, había llamado a Álvaro a la oficina y le había

planteado la posibilidad de crear una empresa de servicios con solo personal desmovilizado de grupos

ilegales. Tras estudiar varias ideas, se decantaron por la creación de un centro de atención al cliente, que

tendría contrato con una de las empresas de telefonía móvil más grandes del país. Si el proyecto

funcionaba bien en la capital, Gabriel podría extenderlo a otras partes de Colombia.

Melisa lo escuchaba anonadada. «Lo sabía», pensaba exultante. En cuanto lo conoció sabía que

estaba ante un hombre fuera de lo común y otra vez la invadió el orgullo por poder recorrer el camino de

la vida junto a él.

—¿Y bien? ¿Qué opinas?

—Me dejas sin palabras...

—Ven, quiero mostrarte lo trabajado hasta ahora.

Se sentó detrás del escritorio, frente al ordenador. Melisa lo siguió. Gabriel abrió el correo y le

mostró cifras y demás datos.

—Es una gran idea, mi amor. ¿Por qué no me habías dicho nada?

—Quería darte la sorpresa y cuando tuviera todo más o menos armado pedirte ayuda.

—¿Qué necesitas?

—Quiero que me ayudes a llevar el proyecto. Serías mi asistente. Necesito que busques una

psicóloga, pero no de empresa, quiero a alguien con alguna especialización. Esos chicos necesitan mucha

ayuda, aparte del trabajo que les voy a brindar.

Melisa le acarició el cabello y repitió:

—Asistente... ¿Tendré una oficina al lado de la tuya?

—Por supuesto.

Gabriel se echó hacia atrás en la silla y Melisa se sentó en sus piernas y lo abrazó.

—Creo que hay un problema, señor Preciado —hizo hincapié en el apellido.

—Te escucho.

—A su esposa no le va gustar que contrate una asistente tan joven.

Gabriel enarcó una ceja ante el tono utilizado por ella y se quedó mirándola. La notaba tensa hacía

días y no sabía por qué. Había intentado que le confesase lo que sucedía, pero ella se negaba. Pensó que

eran los preparativos de la boda, pero cosa curiosa, Melisa tenía un don de la organización que hacía que

todo marchara sobre ruedas. Luego le sorprendió que sus ojos brillaran con deleite y la sonrisa que

acompañó sus palabras. Gabriel le siguió el juego.

—No se enterará si no le decimos nada. Pero primero, deberá pasar la entrevista para obtener el

trabajo.

—Estoy preparada.

Se levantó y se sentó a horcajadas sobre él.

—¿Para qué está preparada? —la voz de Gabriel se había vuelto ronca y evidentemente seductora.

—Para iniciar un tórrido romance con usted, señor Preciado.

—Bien.

Gabriel bajó la cabeza con rapidez y le cubrió la boca con la suya y el mundo empezó a girar al

responder a la codicia con que lo besaba su esposa. No se apartó cuando le murmuró:

—Repita, señor Preciado, me calienta...

—Señor Preciado —le decía mientras le aflojaba el nudo de la corbata y le desabotonaba la camisa.

En cuanto tuvo su pecho descubierto lo acarició con los labios, mientras un escalofrío surcaba su piel. Le

gustó la manera en que Gabriel entornó los ojos—, está será una de las ventajas de tenerme como

asistente.

—Es usted endiabladamente sexy. Eso es un problema —le susurraba mientras le acariciaba los

brazos de arriba abajo. Sin quitarle la mirada de encima, llevó la mano a la gargantilla que Melisa no se

quitaba desde el día en que Gabriel se la había puesto, prolongó la caricia hasta la hendidura de la

garganta.

—¿Para quién? ¿Para usted, señor Preciado, o para su esposa?

—Para ambos. Puede apostar su dulce trasero a que sí. No sé si podré mantener las manos lejos de

usted trabajando tan cerca.

—¿Desea que le demuestre alguna habilidad en especial?

—La que usted considere conveniente para asegurar el trabajo.

Las palabras pronunciadas por Gabriel fueron como una caricia sensual que casi le hizo derretirse.

Melisa suspiró cuando su boca rozó de nuevo los labios de Gabriel e introdujo la lengua, besando

primero las comisuras a lado y lado. Luego llevó los labios al lóbulo de la oreja, que besó y mordisqueó

durante un rato.

—¿Qué tan tórrido será el romance?

—No tiene idea..., señor Preciado.

Ella se arrodilló a sus pies. Gabriel atesoraba en su mente todas las posiciones utilizadas por ella,

pero esta le daba un halo de sumisión del que carecía en toda la jornada y un deseo primitivo de dominar

lo invadía. Ella le terminó de desabotonar la camisa, le desabrochó la hebilla del cinturón y, con

dificultad, dejó el miembro al descubierto. Erguido, duro y caliente. El semblante de Gabriel mudó a uno

alterado en cuanto lo tomó en su boca. Absorto de excitación y amor se estremecía ante las caricias de

los labios y la lengua de su mujer. Sus clamores inundaron el lugar durante varios minutos.

Capítulo 3

Melisa se acomodó los pendientes de diamantes y observó su aspecto en el espejo. En unos minutos

saldrían para una recepción en un conocido club de Bogotá. Era una recaudación de fondos que hacía un

grupo de fundaciones para las víctimas del conflicto armado. El vestido que lucía era un *Christian Dior*

azul marino sin tirantes y pegado al cuerpo. El cabello lo llevaba liso y los labios pintados de rojo mate.

En cuanto Gabriel entró al cuarto a buscarla, ella giró sobre sí hasta llegar a él.

—¿Y bien?

—Estás bellísima, mi amor —lo pronunció con total devoción y frunció el ceño al reparar en el color

de los labios que hacía su boca aún más sensual.

Melisa se le echó al cuello, le acarició la solapa del esmoquin y le susurró al oído:

—Tú sí que estás guapo... Seré la envidia de todas las mujeres.

—Y yo tendré que alejar a los moscardones. Estoy seguro que se les caerá la baba por ti.

—No habrá necesidad de eso porque estaremos juntos todo el rato.

—Será una noche muy larga. No dejaré de pensar en el momento en que ese vestido esté a tus pies.

—Retorcido como siempre.

—La culpa es tuya.

—Solo mía.

—¿Acaso lo dudas?

—No.

Llegaron al club, se bajaron del coche, saludaron a un par de conocidos y entraron. Gabriel aferró a

Melisa en actitud protectora. Ella sonrió algo nerviosa al flash de una cámara. Tomó una copa de

champán que su esposo le pasó, el líquido la relajó y se dedicó a observar el lugar.

Era un salón sobrio y distinguido. Respiraba a dinero antiguo. Del techo colgaban sendas arañas de

cristal que iluminaban de manera estratégica la habitación, obras de arte adornaban las paredes. Las

mujeres lucían elegantes en sus trajes de noche y los hombres todos con esmoquin. Los camareros

pululaban por el recinto con bandejas con diferentes bebidas.

Minutos después, Melisa se movía entre los invitados como si hubiera nacido para esa vida, percibía

las miradas de algunos de los invitados y sabía de memoria lo que cruzaba por sus mentes. Estaban

intrigados por la novedad: el partido del momento, el hombre duro de negocios, el sobreviviente a un

horror estaba atrapado, había caído en las redes de una muchachita que lo tenía bailando en un dedo. Ya

había oído varios comentarios al respecto, unos cuantos jocosos, otros sarcásticos y los últimos con un

deje de envidia. A ella no le importaba el qué dirán, trataba de disfrutar de todo y acomodarse a todo

para hacer feliz a su esposo.

Gabriel saludó con la mano a varios conocidos. Álvaro Trespalacios y una pareja conocida se

acercaron. De inmediato los rodearon varias personas y empezó una retahíla de presentaciones y nombres

que distrajeron a Melisa un buen rato.

—¿Señora Melisa de Preciado? —preguntó una mujer a su lado.

—Sí, soy yo —contestó Melisa mirándola con curiosidad. Se había alejado unos metros de su esposo

atraída por una de las pinturas.

La joven le dio la mano en un apretón firme. Tendría la misma edad que ella, era bajita pero

voluptuosa y con unos hermosos ojos verdes almendrados que le daban un aire sensual. Vestía un traje

largo de *chiffon*¹ rojo, no tenía casi joyas. Unos discretos pendientes y una cadena que terminaba dentro del vestido, ocultando lo que colgaba al final de la misma. A pesar de su belleza, percibió en ella un aura

de tristeza.

¹Chiffon: es un tejido que puede estar fabricado con fibras de algodón, seda o fibras sintéticas, pero normalmente se relaciona con seda o nylon.

—Soy Olivia Ruíz Manrique, disculpe la intromisión. Usted no me conoce.

—Es un placer, Olivia —y reconoció el nombre enseguida porque estaba en una de las carpetas con

los diferentes proyectos que había estudiado en días pasados. Era un plan muy ambicioso.

—El placer es mío. Quiero felicitarle por su labor social. La cruzada que inició con su esposo es de

admirar. No todas las personas son capaces de la reconciliarse con los traumas de su vida.

Hacia dos meses que estaba en marcha el proyecto con los desmovilizados. Una revista de alta

circulación les había hecho un reportaje el día de la inauguración. En la fotografía Melisa y Gabriel le

daban la mano a Joaquín Campos. El titular, «Los sobrevivientes», había dado la vuelta al país. Gabriel

estaba superando ese hecho tan terrible. Las pesadillas no se habían vuelto a presentar y eso le daba un

aspecto más relajado.

—Muchas gracias, Olivia. Sobrevivir a cualquier conflicto significa volver a empezar. Es difícil,

algunas situaciones siempre vivirán con nosotros. Mi esposo y yo estamos muy satisfechos con los

resultados. Si no hay perdón es muy difícil avanzar.

—Sé de qué me está hablando. Ojalá todos en este país tuviéramos la fortaleza para superar las

heridas —sacudió la cabeza como para ahuyentar los malos pensamientos—. Perdón que la aborde de

esta forma. ¿Por casualidad ya miró una carpeta que le envié hace un par de meses con una propuesta

para la construcción de una casa de paz?

—Claro que sí —Melisa sacó una tarjeta del bolso y se la entregó—. Pida la cita, pero que no sea

pronto. Gabriel y yo nos casaremos en dos semanas y vamos a estar de viaje durante un mes.

—No hay prisa, yo también estaré de viaje unos meses. Espero que no me olvide para cuando vuelva

y pida la cita.

—No la olvidaré.

—¿Deseas bailar, bella dama? —dijo la voz de Gabriel detrás de ella. Sin importarle la presencia de

Olivia, la encerró en sus brazos.

—Claro que sí. Nos vemos, Olivia. Ha sido un placer.

Se dirigieron a la pista y bailaron al son de una alegre melodía que tocaba una pequeña pero famosa

orquesta en un rincón.

—Eres lo más precioso que hay en mi vida.

—¿De veras?

«Tú sí que eres hermoso», caviló ella al derretirse ante la mirada verde de su esposo.

—No lo dudes nunca. Estoy loco por casarme contigo.

Ella sonrió.

—Ya estamos casados.

—No me sentiré casado hasta que entres a la iglesia.

Melisa se pegó más a él y le acarició el pecho con la yema de los dedos.

—Hueles delicioso —le dijo ella justo cuando le daba un beso en el cuello.

—Sigue así y te sacaré de aquí en un dos por tres.

Melisa solo sonrió, le echó los brazos al cuello y siguió bailando. Cuando concluyó la canción se

dirigió al lavado de señoras para refrescarse, se retocó el pintalabios y charló con una mujer entrada en

años que la felicitó por su inminente boda. Salió de nuevo al salón. Su mirada quedó congelada al ver a

Gabriel en compañía de una voluptuosa mujer que, en un momento dado, le acarició la solapa del

esmoquin; él le sonreía. Se acercó despacio y divisó su rostro, se percató de que era la mujer con la que

había salido Gabriel fotografiado en una revista meses atrás, cuando no recordaba nada de su relación.

Los celos la dominaron y quiso agarrar a la mujer del pelo en el momento en que sus manos le tocaron la

mejilla. Gabriel la retiró de forma diplomática, pero eso a Melisa no le importó. Ya estaba furiosa. La

mujer insistió y le susurraba cosas cerca del rostro.

—¿Interrumpo? —señaló sin dejar de mirarlos. Esta se retiró enseguida como si hubiera sido pillada

en falta.

—Mi amor, ven —Gabriel aferró su mano y la llevó al brazo—. Te presento a Delia Castro, una

amiga.

Le notó el gesto de fastidio ante la interrupción y la mirada de franca hostilidad que le dirigió. Melisa

deseó en el alma poder marcar territorio de alguna forma. Se enganchó aún más al brazo de Gabriel y él

puso su mano encima de la de ella.

—Mucho gusto —la saludó con un gesto frío.

—El placer es mío, querida —la miraba de arriba abajo—. Estaba recordando viejos tiempos con

Gabriel.

—Delia está trabajando en un nuevo proyecto en el que vinculará a mujeres cabeza de familia.

—Qué consideraba... —contestó Melisa con ojos como dagas.

La mujer ignoró el comentario y miró a Gabriel con un gesto íntimo que indicaba lo ocurrido entre

ellos tiempo atrás.

—Tenemos muchas cosas en común, querida.

Gabriel carraspeó incómodo y se despidió de ella. Delia, por supuesto, le dio un beso en la mejilla,

muy cerca de la boca, que Gabriel supo eludir con cortesía. Melisa no dejó que se le acercara y con un

movimiento de cabeza la despidió. Quería sacarle los ojos. El ambiente con que habían llegado a la

fiesta se rarificaba a cada minuto que pasaba después del dichoso encuentro.

Gabriel sabía que Melisa estaba molesta. La notó seria y distante en el momento de la cena, picoteó

algo de comida y bebió dos copas de vino de más. A ese paso se pasaría de tragos. Su esposa no estaba

acostumbrada a beber licor. Entonces, se dio cuenta de que Melisa entabló conversación con un hombre

joven que estaba sentado a su lado. La escuchaba reír mientras hablaba con un amigo de su padre sobre

las canchas de golf de un nuevo club. Intentaba darle celos, le haría pagar a él el comportamiento de

Delia. Lo había logrado, el mal genio le había puesto los músculos en tensión. Quería sacarla de allí a

rastras ante cada carcajada que escuchaba.

Tan pronto se dio por terminada la cena, Gabriel, sin esperar el beneplácito de ella, la sacó del salón,

les hizo señas al par de guardaespaldas y, en cuestión de minutos, ya estaban dentro del coche. Cada uno

guardó silencio por respeto al chofer y al escolta que iba en el puesto de delante.

La tormenta estalló tan pronto entraron al ascensor.

—¿Qué era lo que te decía el imbécil que estaba al lado tuyo en la cena?

—Cosas... —le contestó ella mientras se miraba las uñas.

—¡Eres una descarada!

Melisa levantó la vista enseguida.

—¿Descarada yo? ¡Yo! El descarado fuiste tú y tu amiguita.

—No me cambies el tema. Ese imbécil te estaba coqueteando y le respondías muy bien.

—Yo no soy como tú. Parecías muy tranquilo con la mano de esa mujer en tu mejilla.

Melisa observó las luces del ascensor. Deseaba llegar a la tranquilidad de su cuarto cuanto antes.

—¿De qué estás hablando? Y mírame cuando te hablo.

—Cuando salí del baño los observé y los vi muy acaramelados. ¡Te reías con ella! —gritó— ¡Con

ella! La mujer con la que tuviste una aventura mientras yo estaba como una soberana imbécil esperándote

en Nueva York.

—No sabía que existías.

La puerta del ascensor se abrió y una Melisa sulfurada tiró el bolso en la primera mesa con la que se

tropezó.

—Sí, esa es tu maldita disculpa siempre —siguió hablando mientras caminaba a la habitación.

Gabriel la siguió—. ¡Pues no me sirve! No quiero ver otra mujer rondándote, Gabriel, o no respondo de

mis actos. Tú eres mío y yo no comparto. Si deseas libertad entonces estás con la mujer equivocada y en

ese caso es mejor que cancelemos la boda.

Él abrió los ojos sorprendido.

—Melisa, ya estamos casados.

—¡Ah! Ahora sí estamos casados. Ahora sí que te sirve la ceremonia a la que no le encuentras

validez.

Gabriel cerró la puerta al entrar en la habitación. Ella se dio la vuelta con los brazos en jarras y

esperó a que él hablara. Gabriel estaba apoyado en la puerta con las manos atrás, se había soltado el

corbatín del esmoquin que le colgaba a cada lado. «Es un hombre guapísimo», pensó Melisa en medio de

su rabia, fuera de serie. ¿Cómo no iban a ir tras él las demás mujeres? Detestaba las escenas de celos,

siempre había juzgado de forma dura las escenas de Gabriel; ahora lo entendía. La herida de los celos

era una sensación horrible. Al verlo tan seguro de sí mismo sintió que le rechinaron los dientes. Melisa

era una mujer orgullosa, no quería que él evidenciara las inseguridades que la acongojaban todos los

días, pues a veces pensaba que no era buena para él. Pero ni loca le haría saber lo que le atormentaba.

Forcejeó con la cremallera del vestido, este cayó a sus pies y dejó su cuerpo al descubierto, medias de

liguero azul transparente e interiores y sujetador a juego. Entró al vestidor a cambiarse, pero la voz de

Gabriel la dejó en su sitio.

—Déjate las medias. Quítate todo lo demás, pero déjate las medias.

Entonces, se giró furiosa y caminó hacia él.

—¡Por Dios, Gabriel! Estamos hablando de la boda y tú me hablas de mis medias. Eres un retorcido.

—La boda no está en discusión —le contestó en tono de voz oscuro—. No tengo nada con Delia ni

con ninguna otra, y me molesta que coquetees con cualquier tipejo en cuanto te sientes insegura.

—¿Insegura yo? —le interrumpió— ¡Estás loco! Yo no estoy insegura.

—Ja.

—Te lo advierto y te lo repito, Gabriel —hizo énfasis en las palabras sin dejar de mirarlo—: no

quiero que mires a nadie más. Eres mío. No voy a permitir que otra mujer te ponga las manos encima

—se sulfuró de nuevo—. Me molesta que haya sido precisamente ella. Esa mujer te conoce, sabe qué

aspecto tienes desnudo. ¡Me enferma que la hayas tocado!

A continuación entró en el vestidor y salió con una camiseta puesta. Se había dejado las medias.

«Bien», pensó Gabriel para sí. Sonrió nervioso ante sus reclamos... y encantado. ¿Por qué no?

Contento de ser por lo menos una vez el que recibiera sus reclamos por celos. La parte de él que sabía

que tenía que compartirla con el mundo se regodeaba satisfecha al ver la furia y la posesividad de su

mujer, y en ese momento deseó llevársela a la cama y demostrarle con hechos todo lo que sus reclamos

obraban en él. Pero no podía. La dejó explayarse mientras observaba el lóbulo de su oreja y se

imaginaba posando su boca en el o cuando llegara el momento de quitarle las medias y pudiera acariciar

su piel. En ese instante la llenaría de besos hasta detrás de las rodillas, que había descubierto hacía días

que era un punto muy sensible. Eso, sí las ganas de poseerla no se atravesaban como si fuera un chaval.

—Ven aquí —le señaló con voz ronca.

—Ven tú.

Él simplemente sonrió, caminó hasta ella y la atrajo a su pecho. La notaba reticente.

—Me has hecho muy feliz este rato.

Ella lo miró confundida.

—Arrepentido no pareces.

—Me encanta tu reacción. Deseo que me celes, quiero que me celes, nunca te guardes nada.

—Estoy muy molesta —le dijo ella contra su pecho.

—Lo sé. Discúlpame si te hice sentir mal. No tengo nada con nadie, solo existes tú —le tomó la cara

con las dos manos—. No sé qué me sucede contigo, pero esto que sentiste ahora es lo que siento yo

multiplicado por cien, al ver que les sonríes a otras personas. Tengo celos de todos los que te rodean, los

que acaparan tu tiempo. Me alegra saber que no soy el único que siente igual.

—¿Por qué esa desconfianza? Yo nunca te faltaría, no tengo ojos para nadie más. Así ha sido desde

que te conozco. Eres el centro de mi vida ¿Por qué no te das cuenta?

—Lo sé mi amor, lo sé. Es algo mío, en lo que tengo que trabajar.

—Sí, pero eso no quita hierro a lo que discutimos antes, Gabriel. No quiero ver rondando a nadie

alrededor tuyo. Esa mujer sabe cómo eres cuando haces el amor. Dime algo, Gabriel. ¿Cómo te sentirías

si yo hubiera tenido un amante y me encontraras en actitud cariñosa con él?

Se le ensombreció la mirada.

—No querrás saberlo —se alejó de ella, y se quitó la chaqueta y la camisa en silencio. Ahora era

Melisa la que lo observaba recostada en la puerta. Ambos evitaban la cama. Él se acercó de nuevo a ella,

deseaba preguntarle algo, empezaba y declinaba la voz hasta que no se aguantó:

—¿Hubo alguien en Nueva York?

—No —respondió ella recordando el beso de Raúl.

—Contestaste muy rápido. No puedo creer que en todo ese tiempo nadie se haya acercado a ti.

—Sí se acercaron, pero no me interesaba ninguno. Hubo un amigo colombiano.

—¿El amigo colombiano tiene nombre? —El tono de voz era tranquilo, pero con un sustrato tenso.

—Raúl Carvajal.

—¿Qué pasó con él? —preguntó con gesto crispado.

—Lo besé.

Gabriel abrió la boca sin poder creer lo que oía. Luego, con semblante furioso se acercó a ella.

—¡Eres una descarada! ¿Cómo que lo besaste? Tú a mí nunca me besaste, siempre era yo el que te

besaba, el que te rogaba. ¡Conmigo no tomaste la iniciativa! Además, tú no tenías amnesia.

—¡Estaba furiosa! Por culpa de esa maldita revista, tú te estabas revolcando con esa furcia y yo

estaba sola. Creía que no me querías y que nunca volverías conmigo. Pero salió mal, me sentí peor,

vuelvo y te lo repito. Nunca te he faltado, pero tú no puedes decir lo mismo.

Él se acercó a ella y la aprisionó contra la puerta.

—¿Quieres que te cuente algo? Cuando estaba con otras mujeres te atravesabas en mis pensamientos

sin saber quién eras y me veía besándote y acariciándote. ¿Quieres saber cómo me sentía después de

estar con alguna mujer? Como una mierda.

—Eso es enfermizo.

—Tienes razón. Ya no me apetece hablar más. Tengo mucho trabajo esta noche.

—¿Qué dices?

—Necesito borrar todo rastro, todo recuerdo que tengas de ese tipo.

Dejó caer la cabeza sobre ella y buscó su boca de forma ansiosa. Melisa le sujetó ambos lados de la

cara y le devolvió el beso con la misma intensidad. Ese gesto estaba plagado de celos, de rabia, de

necesidad. Le invadió un deseo indescriptible al sentir las caricias de Melisa en su pecho.

—¿Cómo es posible que, aun después de estos meses, «me pongas así»?

Le quitó la camiseta y se la comió con la mirada. Se arrodilló ante ella. Sonrió al acariciar con la

yema de los dedos el encaje de la parte superior de las medias. Un dedo se coló en el pequeño espacio

entre la media y la piel. Le soltó el ligero y acarició la longitud de las piernas, despacio, sin dejar de

mirarla. Sonrió de nuevo.

—No te rías. No lo mereces —le dijo ella, seria.

—Pero no te puedes aguantar. Te encanta complacerme.

— ¡Vanidoso!

—No te das cuenta, ¿verdad? Así me tienes siempre, de rodillas, a tus pies.

Veneró sus piernas con la boca, hasta que la escuchó gemir y revolverse inquieta. Al llegar a la parte

interna de uno de los muslos no lo pudo evitar y le dio un pequeño mordisco que sabía le dejaría marca.

Ella solo suspiró. Él se puso de pie y acarició con los ojos sus pechos, hasta que pegó su boca a uno

de ellos, mientras estimulaba el otro con el dedo pulgar e índice. Lo chupó, lo succionó y jugueteó con él.

Melisa arqueó la espalda por el placer que le prodigaba. La soltó un momento sin dejar de mirarla para

quitarse los pantalones y la ropa interior, los alejó de una patada. Ella le sostenía la mirada con la

respiración agitada y le asió el pene con ansiedad. Gabriel cerró la mano sobre la de ella, imponiéndole

un ritmo a su caricia.

—No es mi intención tirarme sobre ti como animal en celo tan pronto te tengo desnuda. Mereces más

preliminares, mi amor —confesó con impaciencia y pegó su frente a la de ella—. Parezco un adolescente.

—Te tengo a mi lado, desnudo y excitado. No necesito más —Melisa sintió que la respiración se le

entrecortaba al observar el fuego que ardía en sus ojos.

—Gírate —Gabriel empezó a masajearle las nalgas—. Me tienes loco
—susurraba en tono

enardecido mientras la abría más de piernas. Gabriel acarició su piel
desnuda con reverencia, la espalda,

el contorno de la cintura, la redondez de las nalgas, hasta que llevó la mano
entre los muslos, al tiempo

que separaba su cabello que caía a un lado y dejaba su apetitoso cuello al
descubierto. No resistió las

ganas de chupar esa porción de piel caliente y sedosa, la mordió y luego
repasó con la lengua la marca

rojiza. Inspeccionó su centro con caricias experimentadas que la hicieron
gemir y arquear las caderas.

Melisa separó la cara de la puerta y le ofreció los labios. Gabriel los
saboreó, los mordisqueó.

—Tienes la vagina toda mojada y muy, muy caliente, amor.

—Te necesito ahora...

—¿En serio?

—Por favor... —gemía desesperada.

—Tus deseos son órdenes para mí —le contestó besándola de nuevo y
abriéndose paso entre su boca

con la lengua. Fue un beso apasionado que los hizo estremecer de pies a
cabeza. Le levantó las nalgas.

Melisa quedó de puntillas. A continuación la penetró con una fuerza de
invasión que hizo que la puerta se

meciera y la cabeza de ella cayera hacía atrás en un acto reflejo. La mandíbula de Gabriel descansaba en

uno de sus hombros y el cálido aliento enviaba llamaradas a la piel del cuello.

—Me muero por ti —dijo él turbado entre resuellos.

—Yo también —contestó ella entre suspiros.

Gabriel le separó las caderas de la puerta, se acomodó mejor y siguió penetrándola rápida y

fuertemente. Melisa percibía que el corazón le iba a estallar, sus senos se estrellaban contra la madera,

los vertiginosos latidos eran como si estuviera corriendo un maratón. El placer la trastornaba y se

apoderaba de su pelvis, imprimiéndole un ritmo tan antiguo como el tiempo. Gabriel gemía de placer al

escucharla gritar, satisfecho al ver que no podía resistirse a la locura que los invadía, haciéndolos uno

solo. Le devoraba los labios, el cuello y los hombros. La puerta se mecía al ritmo de sus embistes. El

ruido solo era amortiguado por los suspiros lastimosos de los dos. Melisa sintió el calor en su centro,

que originaba la explosión de luz y sensaciones que le invadían todos los miembros. Al girarse a mirar a

Gabriel se percató de su gesto rígido, del esfuerzo con el que se empeñaba en no eyacular, para que ella

lograra la satisfacción, de su piel caliente y sudada, de lo hermoso que estaba. Con un clamor profundo,

Gabriel logró su climax de manera demoledora, insondable y muy placentera.

Salió de aquel estado temblando y aferrado a ella. La llevó a la cama. Se acostaron abrazados. Él se

encajó en su cuerpo como en una media luna. Un silencio cómodo los mecía. Melisa estaba aletargada

pegada al cuerpo de su esposo. Le acariciaba el brazo, con el que él le rodeaba el vientre y la cintura.

Pensó que dormía cuando le habló en voz baja.

—Te vi en Nueva York antes de recuperar la memoria.

—¿Cómo?

—Fui a Nueva York un par de días —no le diría que había viajado con Delia, no quería desatar otra

pelea—. Te vi caminando por la avenida Madison.

—¿De veras?

—Sin saber quién eras te buscaba, sin saber quién eras te reconocí. Experimenté una sensación de

añoranza tan grande que hizo que corriera detrás de ti.

— ¿Por qué no me alcanzaste?

—Porque un maldito semáforo en rojo se atravesó y cuando crucé tú ya no estabas.

Ella se dio la vuelta entre sus brazos. Le acarició el rostro, el ceño, la mejilla, sintió que la ternura la

invadía y lo abrazó.

—Te adoro.

—Lo sé, mi amor. Con esto que te cuento deseo que te quede claro que siempre estuviste aquí —se

señaló el corazón—. Nada ni nadie tuvo importancia en ese tiempo, solo el deseo de saber quién eras.

—Gracias.

Capítulo 4

Llegaron a Cartagena de Indias una semana antes de la boda. Con los padres de ambos se hospedaron

en la casa de la familia en la ciudad amurallada. El resto de invitados habían alquilado viviendas

cercanas y suites en los hoteles más prestigiosos de la ciudad.

Melisa sonrió al ver a Rafael y a Luís Eduardo concentrados en una partida de ajedrez. Recordó

cómo meses atrás Gabriel y ella se estrujaban la cabeza pensando en la manera de lograr un acercamiento

entre los dos, pues Luís Eduardo se negaba a aceptar alguna invitación si sabía que Rafael iba a estar

presente. El padre de Gabriel intentó, por sus propios medios, una reunión, pero no tuvo más suerte que

el par de esposos. Luís Eduardo era la terquedad andante, Gabriel se percató de dónde había sacado

Melisa la obstinación. Un mes antes, Mariela le había comentado a Melisa que había tenido una fuerte

discusión con Luís Eduardo y le recalca que Melisa ya había perdonado lo ocurrido durante el

secuestro de Gabriel, Mariela ya había pasado la página, ¿por qué él no? ¿Con qué cara pensaba llevar a

su hija del brazo al altar si no había sido capaz de dejar todo atrás? Esta le había reprochado que, si

seguía en esa posición, se iba a perder muchos momentos felices de la pareja, las navidades, los nietos,

los cumpleaños..., en fin, toda la maraña de actividades familiares que hacen dulce y completa la vida

familiar, y le recordó que Melisa era su única hija. Mariela sabía que Luís Eduardo había reflexionado,

pero el orgullo no le dejaba encontrar una solución para acercarse a la familia de su yerno.

Un juego de ajedrez solucionó el impase de una manera sencilla. Rafael y Amalia habían ido de visita

al apartamento de Gabriel y Melisa, y mientras las mujeres charlaban sobre la boda, Gabriel y Rafael

jugaban una partida de ajedrez. El juego quedó a medias cuando las mujeres irrumpieron en el estudio y

los llevaron al comedor. Días después, Luís Eduardo pasó a saludar a Melisa antes de recoger a Mariela

en la joyería. Melisa lo invitó al estudio y, mientras atendía una llamada, Luís Eduardo se dedicó a

observar la partida de ajedrez inconclusa. Sabía que Gabriel jugaba con las fichas negras y se dio cuenta

de que iba a ser derrotado en tres jugadas más. Era una emboscada perfecta y no se pudo aguantar.

—Hija, ¿quién jugó esta partida? —le preguntó a Melisa tan pronto ella soltó el teléfono.

—Rafael y Gabriel jugaron hace dos noches. Gabriel no ha dejado recoger el juego, dice que aún no

ha terminado.

—Pues le van a ganar en tres jugadas, eso claro está, si jugó con las fichas negras.

—No sé nada de ajedrez, papi. Solo sé que Rafael es muy buen jugador.

—No me digas... —analizó la partida unos minutos más—. Hija, sé que me he portado mal con tu

familia política y ya es momento de arreglarlo.

Melisa le sonrió con cariño.

—Ya era hora.

La noche siguiente se reunieron las tres parejas. Al comienzo de la reunión el ambiente estaba algo

tenso, pero Gabriel y Melisa se encargaron de llevar la batuta de la conversación y llegaron a los postres

en un ambiente más o menos distendido. Después de la cena pasaron al estudio para beber una copa de

coñac.

—No has levantado el juego —dijo Rafael al entrar al estudio y observar la mesa.

—Aún estoy pensando qué hacer —contestó Gabriel mientras servía el licor.

Luís Eduardo terció.

—No tienes mucho que hacer muchacho; en tres jugadas más perderás la partida.

Rafael levantó la mirada sorprendido.

—¿Tú juegas?

—Algo.

—Hijo, como ya te ha dicho Luís Eduardo, vas a perder. Levanta ese juego y déjame jugar con tu

suegro.

—Bien.

Melisa le hizo una señal a las mujeres y a Gabriel y salieron del estudio, dejándolos solos. Días

después, Mariela le había contado lo ocurrido en la habitación.

En mitad de movimientos de alfiles y reinas, Rafael carraspeó algo incómodo y Luís Eduardo supo

que había llegado el momento de las disculpas por parte del industrial, y no se equivocó.

—Luís Eduardo, sé que me porté como un imbécil con ustedes durante el secuestro de Gabriel. No

pasa un día sin que lamente mi conducta —a continuación su tono de voz cambió— y la pérdida de mi

nieto.

Luís Eduardo levantó la vista sorprendido, ante la actitud humilde y contrita del industrial, algo ajeno

a él.

—Y antes de que digas algo más quiero darte las gracias.

—¿Por qué?

—Por traer al mundo a esa excepcional mujer que comparte la vida con mi hijo. Nunca había visto a

Gabriel tan feliz, tan en comunión con el mundo. Él siempre fue una persona difícil y a pesar de la

estrecha relación que tenemos, veía en él algo de inconformidad, pero ahora todo es diferente, y sé que es

gracias a tu hija. Te aseguro que Melisa contará con la protección y la lealtad de Gabriel y de toda la

familia.

Luís Eduardo asintió y siguió con la vista puesta en el tablero.

—¿No tienes nada que decir?

—Sí —contestó Luís Eduardo mientras movía su ficha en dirección al rey—. Jaque mate.

Los días previos a la boda estuvieron plagados de toda clase de actividades con los invitados.

Organizaron visitas por la ciudad, un paseo en yate a la casa de Islas del Rosario, y un almuerzo en el

hotel Santa Clara. En medio de tantos eventos, Gabriel y Melisa sacaban tiempo para pasear juntos,

cogidos de la mano por las calles empedradas y repletas de balcones y buganvillas.

La noche antes de la ceremonia, Mariela y Amalia le entregaron el regalo que entre ambas habían

diseñado para ella. Ellas deseaban hacerle un juego de pendientes y gargantilla, pero Melisa no se iba a

quitar la gargantilla que le había regalado Gabriel meses atrás. Entonces el par de mujeres optaron por

regalarle una diadema de oro blanco, con brillantes incrustados en un delicado trabajo que recordaba los

diseños de joyería de los años cincuenta.

—Esto es demasiado... —susurró Melisa con un nudo en la garganta.

—Nada es demasiado para mi única hija —la cogió de las manos—. Has superado todas mis

expectativas, mi amor. Estoy muy orgullosa de ti.

—Gracias, mamá —la abrazó con cariño y con lágrimas en los ojos. Luego se acercó Amalia y con

igual emoción la abrazó.

—Nada es más satisfactorio para una madre que ver el amor en los ojos de las parejas de sus hijos.

Me encanta observar la manera en que miras a Gabriel, como si fuera tu tesoro máspreciado.

—Es que lo es —le contestó ella mientras se medía la diadema frente al espejo—. Ojalá yo sea

suficiente para él.

—¿Dudas del amor de mi hijo?

—¡No!

—¿Entonces?

Mariela seguía callada la conversación, mientras retiraba la joya y la colocaba en el estuche. Amalia

volvió a la carga.

—Algo te preocupa, lo percibo. Mi hijo solo tiene ojos para ti.

—Lo sé.

Mariela terció.

—Eso no es lo que preocupa a Melisa.

—¿Y si no puedo darle hijos? No he quedado embarazada en todo este tiempo —rompió a llorar

desconsolada—. Fui al médico, me hizo toda clase de chequeos y estoy bien. Entonces, no lo entiendo.

—¿Qué dijo el médico?

—Que pueden ser nervios, ansiedad... Si no quedó embarazada en los próximos tres meses me hará

análisis más especializados.

—Ante todo debes tranquilizarte.

—No quiero partirle el corazón. Él desea hijos.

—Para mi hijo primero estás tú. Si supieras la enormidad de sus sentimientos hacia ti, no estarías de

esta manera —le secó las lágrimas con un pañuelo—. Sé que serás una estupenda madre, solo debes

darle tiempo al tiempo. Entre ambos hallaran la solución. Debes hablar con él. Gabriel debe saber cómo

te sientes.

—No quiero arruinar las cosas.

—No lo harás.

La fecha elegida por ambos fue el 25 de julio. Ese día, contrario a lo que ocurría con todas las

parejas, estuvieron arreglándose en casa. Mariela y Amalia habían insinuado que por lo menos durmieran

en habitaciones separadas la noche anterior y esperaran a verse en el momento de la ceremonia.

—No, mamá, gracias —le dijo Gabriel dándole un beso en la frente y sacando a Melisa de la

habitación, antes de que la convencieran.

Esa mañana, sin embargo, Melisa quedó en manos de su madre y su suegra y un par de especialistas

en cosmetología, que la retuvieron todo el día en un ritual de belleza hasta media hora antes de la

ceremonia. Tomó un baño de novia que inició con un masaje relajante con aceites esenciales, un baño

aromático y una hidratación profunda que la dejó tranquila y fragante para enfrentar el gran día. Le

peinaron el cabello recogido, la maquillaron de forma suave, se vistió con la ayuda de su madre y le

colocaron la diadema y el velo.

—¿Ya hablaste con Gabriel sobre lo que te preocupa?

—Aún no —contestó con un suspiro.

—Hazlo.

Se paró frente al espejo y se vio hermosa. El vestido era creación de un famoso diseñador costeño

radicado en la capital hacía varios años. Era color crema en satén y organza, el corpiño sin tirantes

estaba forrado en encaje francés cuyas flores se reprodujeron en la falda que tenía un ligero fruncido y

caída hasta el suelo. El velo era largo, estilo catedral y con el ribete bordado. Los zapatos eran italianos

forrados en el mismo satén del vestido. Se oyeron unos golpes en la puerta. Era Amparo, que llevaba un

paquete en sus manos. Mariela salió y las dejó solas.

—¡Vaya! ¡Estás preciosa! A mi hermano le dará un infarto.

—Espero que no... —sonrió Melisa.

—He traído un regalo para tu noche de bodas. Lo que tengas escogido, déjalo de lado; este es el

ideal. Te lo aseguro, es el color favorito de Gabriel.

Melisa abrió el paquete, era un camisón minúsculo de color rojo, con una tanga de encaje transparente

del mismo color. La espalda de la blusa era de seda y la parte de adelante era del mismo material del

encaje de la tanga y abierta desde el bajo del sostén, con una ranura que Melisa estaba segura dejaría a la

vista el vientre.

—Gracias, Amparo, es precioso —lo usaría en la noche de bodas los pocos minutos que Gabriel le

dejaría la prenda puesta. Sonrió.

—Picarona... Me imagino lo que estás pensando.

—No te equivocas.

Se escucharon otros golpes y las voces airadas de Mariela y Amalia discutiendo con Gabriel. Melisa

deseaba que la boda pasara rápido para evitar más enfrentamientos entre los tres. Guardó la prenda en la

bolsa y la dejó en una de las mesas.

—No debes ver a la novia antes de la ceremonia —sentenció Mariela.

—¿Quién lo dice?

—La costumbre.

—Veré a mi esposa cuando quiera —le recalcó el «mi esposa» a Mariela, que se alejó refunfuñando

por el corredor

—Eres imposible —contestó Amalia.

Melisa se giró nerviosa.

—Los dejo solos —dijo Amparo al tiempo que abría la puerta.

Gabriel se quedó petrificado al verla. Parecía un hada de esas de los cuentos infantiles. Era incapaz

de pronunciar palabra. Melisa tocaba la tela y lo miraba ansiosa.

—¿Cómo estoy? —susurró nerviosa mirando la falda del vestido.

Llegó hasta ella como si fuera un rayo de sol y él necesitara desesperadamente su calor. Le pasó el

dorso de los dedos por la mejilla antes de abrazarla. El desgobierno en sus sentimientos apenas le dejaba

pronunciar palabra. Ella encarnaba su principio y su final, ella encarnaba todo lo que deseaba en la vida,

y un atisbo de miedo lo asoló de repente al darse cuenta que sin ella no podría vivir. Era su tesoro más

valioso, su joya más preciada.

—¡Dios mío! —tragó en seco—. Estás bellísima, mi amor —dijo acercándose a su boca.

La besó con urgencia, sin que le importara el maquillaje. Sus lenguas se encontraron y el beso se hizo

más apasionado, caliente y húmedo. La soltó reacio.

—Te arruiné el maquillaje.

—No importa.

Melisa se empapó de la figura de su marido, que vestía un elegante esmoquin negro. Estaba tan guapo

con su cabello peinado hacia atrás y la barbilla azulada, reluciente por el reciente afeitado. Él se percató

de su mirada y le sonrió. Amaba la forma en que lo miraba, necesitaba esa mirada de devoción todos los

días de su vida.

—¡Soy muy feliz! —le señaló emocionado. Los ojos de Melisa se ensombrecieron de repente y un

brillo sospechoso los invadió— ¿Qué pasa, mi amor?

—Tengo que hablar contigo —se separó de él y se dio la vuelta.

—No creas que no he notado que algo te preocupa. Si es por la cantidad de gente o por algo de la

boda... —se acercó confuso— ¿Alguien se ha portado mal contigo? ¿Mi familia te incomoda?

—¡No! ¿Cómo se te ocurre? Me siento muy a gusto con tu familia.

—¿Entonces qué sucede? —no quería su mirada ensombrecida el día más importante para los dos.

—Llevamos nueve meses juntos y aún no he quedado embarazada. ¿Y si no puedo darte hijos?

—Mi amor, mi amor... —la abrazó por detrás y pegó su rostro al velo, lo echó a un lado y le besó la

nuca con una mansedumbre que solo ella le conocía. Finalmente le habló al oído.

—No deseo que te preocupes por eso. Aún es pronto y, si no podemos, pues adoptaremos. No te

sientas culpable de ser feliz.

—¡Ay, Gabriel...! —se recostó en él y le entrelazó las manos.

—Yo sé lo que en realidad quieres, pero no puede ser. No pudo ser —le dijo Gabriel a través del

espejo.

—He tratado de superarlo. Te lo juro, pero aún me duele. Hace unos momentos soñaba con él —lo

miró ansiosa y se quedó en silencio arrepentida al momento de sacar el tema, pues por la mirada de

Gabriel pasó una sombra de dolor.

—Cuéntame qué soñabas.

—Que nuestro niño entraba corriendo por la habitación y jugaba y se enredaba con la cola del velo.

—A mí también me duele mucho, pero debemos tener fe y esperanza.

Melisa se secó las lágrimas, se dio la vuelta entre sus brazos y le acarició el mentón.

—Discúlpame, no deseo hacer un espectáculo precisamente hoy.

—¿Por qué no me habías dicho nada?

—No quería atormentarte.

—Más me angustia que no acudas a mí cuando te sucede algo. Sabes que puedes contar conmigo para

lo que sea. Quiero que cuentes conmigo siempre.

Melisa no quería hacerle partícipe de que él era parte de lo que la acongojaba. Sus inseguridades, el

no ser suficiente para un hombre como él, que podía tener a la mujer más hermosa a sus pies y por

caprichos del destino la había escogido a ella, precisamente a ella. Temía no estar a la altura. Temía que

un día despertase de la ilusión y no la quisiera más. Gabriel la miraba como si adivinara todo lo que

pasaba por su cabeza.

—Eres el centro de mi existencia.

A continuación soltó un suspiro, con suaves caricias recorrió sus brazos hasta llegar a los hombros y

al nacimiento del cuello y finalmente acunó su rostro. Con el pulgar limpió una olvidada lágrima.

—Voy a ser lo menos original del mundo con esto que te voy a decir. Sé que mereces frases nuevas,

pero estas palabras explican muy bien la inmensidad de lo que siento por ti.

—Tú eres mi vida — le dijo Melisa expectante por sus palabras.

Entonces, empezó a tararear una canción de Joaquín Sabina. La voz de Gabriel la envolvió como

segundos antes lo habían hecho sus brazos.

—«Yo no quiero contigo ni sin ti. Lo que yo quiero, muchacha de ojos tristes, es que mueras por mí.

Y morirme contigo si te matas y matarme contigo si te mueres. Porque el amor cuando no muere mata,

porque amores que matan nunca mueren».

Melisa se aferró a las solapas del esmoquin y pegó su rostro, no deseaba llorar más, y menos después

de las letras poéticas de Joaquín Sabina que él le había dedicado. Gabriel se quedó en silencio mientras

la contenía en sus brazos. Segundos después Melisa elevó el rostro.

—Es lo mismo que siento por ti.

—No me dejes nunca, Melisa —la observó con gesto abstraído. Ella le devolvió una mirada dulce.

—Tú tampoco.

Gabriel sonrió con ironía y la volvió a abrazar.

—¿Lista?

—Me retocaré un poco.

—Te espero en la iglesia.

La iglesia de Santo Domingo, donde se oficiaría la ceremonia, estaba vestida de gala para la ocasión.

Era el santuario más antiguo de la ciudad, ubicado en la ciudad amurallada, con un altar estilo barroco

que luce una imagen de Cristo tallada en madera del siglo XIX y una imagen de la Virgen que tiene una

corona ataviada con oro y esmeraldas. Melisa salió de la casa y anduvo en un coche de caballos antiguo

las pocas manzanas hasta la iglesia. Las calles ya estaban acordonadas por las autoridades, pero eso no

evitó que una cantidad de público se hubiera agolpado en el lugar, para echar un vistazo de cerca a las

personalidades que estaban invitadas a la boda. Melisa se bajó del carruaje, Luís Eduardo la recibió y

entró del brazo de él a la iglesia.

—¡Dios mío! Es real... —susurró nerviosa.

Luís Eduardo le dio un par de palmaditas en la mano, adivinó el desasosiego que le asaltaba y le

murmuró:

—Finge valor si es necesario... —ella solo sonrió.

El lugar estaba abarrotado de gente vestida de gala que se levantó de sus asientos y el susurro de las

voces fue opacado por la marcha nupcial. La luz era tenue y a sus fosas nasales llegó el olor a incienso, a

cera de vela derretida y a las flores del ramo que adornaba su atuendo. Avanzó por el pasillo cubierto

por una alfombra roja. Y en ese preciso instante sucedió: se reconcilió con Dios. No fue ni en la charla

con el sacerdote, ni en el curso de preparación, ni siquiera en la confesión. Fue ahí, caminando hacía el

hombre que amaba más que a su vida, cuando entendió los designios de Dios, que aunque le había traído

sufrimientos y pérdidas, le había hecho maravillosos regalos. Le había dado valor cuando las cosas

estuvieron mal, fe de que todo se solucionaría y alegría inmensa de poder estar en ese momento

renovando unos votos que eran sagrados para los dos. Y entonces lo supo. Si dejaba ir a su pequeño, la

vida llegaría de nuevo a ella. Lo sentía, era una promesa, era el regalo que Dios tenía para ella en ese

día. Quiso correr hasta Gabriel y besarlo delante de todo el mundo para grabar en su memoria los olores,

los sonidos, los colores de ese maravilloso momento. Recordó un fragmento del Cantar de los cantares

que había estudiado en la Universidad años atrás:

Llévame grabada en tu corazón,

¡llévame grabada en tu brazo!

El amor es inquebrantable como la muerte,

la pasión inflexible como el sepulcro.

¡El fuego ardiente del amor es una llama divina!

El agua de todos los mares no podría apagar el amor;

tampoco los ríos podrían extinguirlo.

Gabriel la observaba caminar sin perder detalle alguno de sus gestos, sonreía mientras ella llegaba a

él. Su rostro resplandecía y en el brillo de sus ojos vio todo el amor del mundo, la promesa de toda una

vida a su lado, los hijos por venir, el envejecer juntos. Con la renovación de los votos ante Dios, Gabriel

quería borrar muchas cosas: el dolor de Melisa por el secuestro y la pérdida de su hijo. Al verla caminar

hacia él, evocó la tarde que la conoció en esa misma ciudad que hoy les daba el beneplácito para vivir su

amor. La recordó (más que recordarla la veía) sentada tomando la bebida helada y leyendo un libro con

las diminutas gafas y cuando se acercó a ella.

—Perdón —soltó ella con una voz que le puso los pelos de punta a Gabriel.

—Tranquila, déjeme ayudarle —la sostuvo mientras volvía a colocar el bolso en su puesto. Seguía

con las gafas puestas y Gabriel no pudo evitar una sonrisa.

—Perdón que me entrometa, pero ¿no caminará mejor sin esas gafas?

Tenía ese instante grabado en su cabeza y en su alma; era el momento en que le había cambiado la

vida. Ese amor que lo desbordaba le aceleró el pulso y le calentó el pecho, lo que ocasionó que el

corazón le empezara a latir de forma desenfrenada. A duras penas farfulló un «gracias» cuando Luís

Eduardo se la entregó. Gabriel estiró el brazo para tomar la mano de Melisa con firmeza.

La ceremonia fue intensa, emotiva y sanadora para los dos. Al salir de la iglesia y subir en el coche

que los llevaría al Centro de Convenciones, donde tendría lugar la recepción, Melisa abrazó a su esposo

y suspiró feliz.

—Casados ante Dios y ante los hombres.

—Mía ante Dios y ante los hombres.

Melisa soltó una carcajada.

El Centro de Convenciones de Cartagena de Indias se transformó en un lugar vestido de azul y plata.

En la Plaza de las Banderas quince mulatas, quince tamborileros y una alfombra azul recibieron a los más

de quinientos invitados provenientes de distintas partes del país. Todos fueron obsequiados con una copa

de champán y los asistentes a la boda quedaron perplejos cuando el cielo se tiñó de diferentes colores,

obra y gracia de un hermoso castillo de fuegos artificiales. Ese fue el permiso que los tamborileros

necesitaron para iniciar la fiesta. Con música y pasos de baile entraron todos los invitados al salón,

decorado de manera muy original.

Del techo se desprendían telares azules y plata, adornados con tres candelabros de varios metros de

altura con sesenta velas cada uno. Las mesas estaban decoradas con variados centros de mesa en cristal

que contenían flores mixtas, la mantelería era de telas finas. Al aire libre el ambiente también era

sorprendente: los árboles estaban decorados con cintas azules y plata que ostentaban en la punta cristales

que se movían al son de la brisa marina y que emitían suaves sonidos al golpearse entre sí. La comida se

dividió en partes, estaciones de comida autóctona e internacional. Productos de mar donde primaron los

langostinos en salsas de coco y corozo, los rollitos de róbalo, los medallones de langosta en especias.

Estaciones de carnes y ensaladas. Los dulces típicos de la región servidos en canastas elegantes, dulce de

piña, tamarindo, papaya verde, leche cortada rivalizaban en sabor y buen gusto con pastelería francesa.

Toda clase de licores. La tarta nupcial era de varios pisos y creación de una de las mejores reposteras de

Cartagena.

—Trabajaste mucho, mi amor —le señaló Gabriel sorprendido por los detalles y el buen gusto de su

esposa, ya que Melisa mantuvo la preparación de la fiesta en secreto, porque quería que todo fuera una

sorpresa para él. «Su Melisa», caviló conmovido, permaneció fuerte y leal durante el secuestro. Había

reinventado la vida para él, la había llenado de metas, de sueños, de risas y de amor, lo apoyaba en sus

proyectos, vitoreaba sus triunfos y se le oponía de manera terca cuando se equivocaba.

—Lo hice todo para ti, solo para ti —sonrió satisfecha—, aunque tuve mucha ayuda.

La sonrisa de Gabriel se esfumó al sentir una explosión de ternura en el pecho.

—¡Gracias! Es el mejor regalo.

—No me des las gracias todavía —susurró Melisa, sorprendida por el gesto perturbado de Gabriel,

cuando la abrazó y la besó en la mejilla. Melisa apoyó una mano en la barbilla y antes de que se alejara

bromeó, algo nerviosa—: espera que recibas la cuenta en tu oficina.

Y en uno de los instantes más conmovedores de su vida, Gabriel estalló en carcajadas.

Rafael y Luís Eduardo brindaron con unas emotivas palabras. Melisa bailó el vals con su padre y con

su suegro que, conmovido, le reiteró su cariño y lealtad para toda la vida. Bailó con Gabriel varias

canciones hasta que Miguel se acercó a ellos.

—Bueno, ya la has acaparado para toda la vida. Déjame disfrutar un baile con ella —Gabriel la

cedió de no muy buena gana.

—Si las miradas mataran estaría a metros bajo tierra.

—¡Qué va!

Miguel era muy buen bailarín y disfrutaron de un buen merengue dominicano y un par de canciones

más.

—Estás muy hermosa. Sé que serán muy felices.

—Gracias. ¿Y tú? ¿Eres feliz, Miguel?

—Pues tanta felicidad empalagosa como la que derrochan ustedes dos no...

—sonrió cuando Melisa

le golpeó el brazo—, pero estoy satisfecho con mi vida.

Melisa observó a la voluptuosa mujer que lo acompañaba, enfundada en un ceñido vestido de color

verde y que le recordó a la antigua amante de Gabriel.

—Hay más, Miguel.

A Miguel se le ensombreció la mirada y Melisa se avergonzó de volver a tocar un tema tan álgido

para él.

—Lo sé, pero no es para mí.

—Miguel —elevó el tono de voz—, con la potestad que me da el día más importante de mi vida, mi

deseo hoy es que te enamores como nunca antes lo has hecho y que derroches tanta felicidad como

nosotros.

—Créeme, ya he estado en el nunca antes y mejor dejemos las cosas así.

Melisa no sabía qué le había ocurrido a su amigo y Gabriel era muy vago en ese tema, así que no

insistió para no quedar como una entrometida.

Cuando terminó la canción, Miguel la llevó de nuevo al lado de Gabriel.

—Te la entrego y sin un rasguño —le dio un suave beso en la mejilla y se despidió—. Gracias por tus

buenos deseos, no creas que no los valoro. Eres mi mejor amiga.

—Vaya, ya era hora de que volvieras —le reprochó Gabriel, en broma.

—No podía estar más tiempo alejada de ti —comentó con suavidad.

— ¿Nos vamos, bella dama? —le susurró al oído mientras observaban las parejas bailar— Un avión

nos espera.

Ella levantó una ceja, sorprendida.

—Te dije que me encargaría de la luna de miel.

—No pensé que fuéramos a viajar esta misma noche.

Se despidieron de todos los invitados, que les reiteraron sus buenos deseos por una duradera dicha

conyugal. Gabriel llevó a Melisa a casa en el mismo coche que la había llevado a la iglesia.

—Todo ha sido perfecto —suspiró recostada en el hombro de Gabriel.

—Tú sí que eres perfecta.

—Somos perfectos juntos.

—Si tú lo dices...

—Lo sé.

Melisa alzó la cabeza y buscó los labios de su esposo como hacía mucho rato quería hacerlo, con

deseo, con reverencia, con amor, el roce los atrapó. Melisa entrelazó los dedos en el cabello de Gabriel

y le devoró la boca. Segundos después se separó agitada. El brillo en los ojos de Gabriel le indicaba que

el beso le había afectado de la misma manera.

—Gracias por darme tanta felicidad.

Capítulo 5

Sentada en uno de los cómodos sillones del vuelo que los llevaría a Nueva York como primera escala

de su viaje, Melisa echó un vistazo por la ventanilla a la negrura del cielo. Gabriel estaba sentado frente

a ella. Se miraron en silencio y supo que compartía los recuerdos de lo ocurrido al llegar a la casa

después de la fiesta. De la manera en que le decía al oído lo que deseaba hacer con ella, no la dejó sola

un minuto, le ayudó a quitarse el vestido y fue testigo de su respiración contenida y del brillo de la pasión

en sus ojos, cuando quedó solo con la fina lencería.

—¡Dios! Eres preciosa, pero me prometí esperar hasta que lleguemos hasta nuestro destino.

—Y tú siempre cumples tus promesas.

—Siempre.

—Tú te lo pierdes —le contestó ella con ánimo juguetón, mientras terminaba de desnudarse

provocándolo y se cambiaba con un conjunto de pantalón y chaqueta sin dejar de sonreírle.

—Eres retorcida... —se acercó a ella y le acarició los hombros y el cuello. Le devoró la sonrisa en

un beso voraz— Voy a modificar la promesa.

—Como buen negociante.

—Prometo no entrar en ti hasta que lleguemos a Nueva York.

—El retorcido eres tú...

—Te daré algo en qué pensar mientras transcurre el vuelo.

Y lo había hecho, sintió que se derretía, vaya si lo había hecho... Aún sentía los labios de Gabriel

entre las piernas. Suspiró mientras volvía la vista al cielo oscuro.

—Duerme, mi amor —le susurró Gabriel con una mirada llena de promesas.

Cuatro horas después aterrizaban en el JFK de Nueva York. Después de los trámites de inmigración,

una limusina los llevó al hotel donde Gabriel había hecho la reserva. Melisa bajó del coche con la boca

abierta. Con una fachada imponente y ubicada en una de las esquinas del sur de Central Park, a poca

distancia de la Quinta Avenida y de los teatros de Broadway, se extendía la construcción de uno de los

hoteles más lujosos de la ciudad: el *Mandarín Oriental*. El hotel empezaba en la planta 36 en las Torres

Gemelas del rascacielos de Times Warner y acababa en el piso 54. Al abrir las puertas del ascensor, una

recepción elegante de pisos oscuros y con claro estilo asiático contemporáneo les dio la bienvenida.

La suite estaba ubicada en el piso 50, en una de las esquinas de la torre. La luz del sol entraba a

raudales por las ventanas que iban del techo al piso y que daban al río Hudson y al centro de Manhattan,

había una sala de estar amplia, comedor, un pequeño bar, todo decorado con estilo moderno y

minimalista. La habitación, con una amplia cama en el centro y muebles de madera en tonos oscuros y

acabados lujosos. Gabriel pidió el desayuno, pues eran las nueve de la mañana y no habían comido nada

en el avión, pero en ese momento recibió una llamada y se distrajo con el móvil unos minutos.

Melisa se aproximó a una de las ventanas y observó el paisaje. Gabriel se le acercó por detrás y la

abrazó.

—¿Feliz?

—Sí, mucho. Siempre he querido esta ciudad.

—Lo sé. Deseaba crear recuerdos nuevos. Aún me pesa en el alma la manera en que...

Melisa se dio rápidamente la vuelta y le puso los dedos en los labios.

—Me has dado muchas vivencias felices, Gabriel, eres un hombre de mucho valor. Mi madre me dijo

alguna vez que era solo tu corazón atormentado el que te había hecho actuar así. No quiero que volvamos

a hablar del tema. Solo quiero que me ames y que cumplas todo lo que me decías con tus ojos cuando

estábamos en el avión.

—Melisa, Melisa, Melisa...

Entonces la aferró con fuerza para pegarla a su cuerpo. Notó su angustia y se dedicó a sanarlo no con

palabras suaves, sino con gestos atrevidos que cambiaron su índole enseguida.

—Te deseo tanto —le susurró ella mientras le abría la cremallera del pantalón y le acariciaba las

nalgas y luego se deslizaron para agarrar su miembro que ya estaba duro—. Me muero por tus caricias. A

veces me quedo observándote las manos y fantaseo sobre todo lo que me has hecho con ellas.

—Me matas, Melisa.

La arrastró al sofá de la sala y entre maniobras torpes por deshacerse de la ropa, Gabriel cayó en el

mueble y Melisa, ya desnuda, fijó las rodillas a ambos lados de su cuerpo.

Gabriel, con una mano le sujetó la cabeza por detrás y con la otra la mandíbula. Se inclinó hacia ella

y le cubrió la boca con la suya, devorándola con la lengua. Melisa sentía la ardiente respiración de

Gabriel que quemaba su rostro y la sensación cálida y líquida que la inundaba entre las piernas siempre

que él la besaba. Se desprendió del beso y con la respiración agitada le dijo:

—Tócame, ya estoy lista para ti —pegó su frente a la de él—. Me he vuelto una desvergonzada. Solo

es escuchar tu voz o mirarte y me muero de deseo.

El rostro de Gabriel reflejaba deleite por sus palabras. Volvió a besarla mientras tomaba sus pechos

en las manos. La separó de nuevo, su respiración era agitada, trataba de recuperar el aliento para

hablarle. Sus ojos ardían de pasión y de ternura.

—Mi desvergonzada, solo mía —la atrajo más a su cuerpo y la apretó con fuerza.

Melisa sentía de todo al mismo tiempo: un profundo amor, deseo, ganas de arder ante cada beso y

cada caricia. Él la separó un poco, posó las manos en su vientre y, con el pulgar, le acarició el ombligo.

La fiebre que expandía ese gesto le arrancó un gemido que aumentó cuando metió un pezón en la boca y

lo succionó hasta dejarlo duro como una piedra.

—Chúpame mucho, amor. ¡Te necesito! —musitaba ella entre suspiros.

Gabriel, enardecido, accedió a todas las demandas de su esposa. Nada le importaba más que

complacerla. Quiso estar en el interior de ella en cuanto empezó a refregar su sexo contra su erección.

Era una delicia esa húmeda caricia de su esposa. No pudo evitar decir:

—Estás tan buena... Voy a devorarte toda, de la cabeza a los pies —dijo casi sin aliento. A

continuación le acarició su centro empapado—. Esta es mi parte preferida.

Seguidamente llevó las manos a las nalgas y la levantó desesperado por guiarla a su erección. Ella

lanzó las manos hacía los hombros y se deslizó con un gemido áspero que Gabriel atrapó en un beso

furioso. Melisa se enfrentó a aquel contacto con la misma ansia, se quedó inmóvil, se le pusieron los ojos

en blanco bajo los párpados, mientras trataba de acomodarse a él y el goce le trastocó las sensaciones, la

ofuscación hacía que respirara de forma violenta e irregular. Cada vaivén de los dos sepultaba aún más a

Gabriel en su interior. El silencio del cuarto estaba invadido por lamentos, gruñidos roncós y los

húmedos sonidos de cuando Gabriel la penetraba una y otra vez. En un momento dado elevó la pelvis y

vio la forma en que estaban unidos. No pudo evitar un gemido de satisfacción al observar la perfección

de ese momento en el que eran uno solo, y recorrió su torso con los ojos y con las manos.

—Mi hermosa esposa, me está poniendo a prueba... —le susurró Gabriel.

Melisa levantó la mirada y vio las rígidas facciones de Gabriel que trataba de contenerse por ella.

Ella no duraría mucho tiempo más, ya sentía su inmenso placer surcar por todo el vientre como olas de

fuego y hielo que rompían contra su interior y arrastraban con todo a su paso.

Gabriel golpeaba una y otra vez. Con un ritmo más acelerado se restregaba en ella.

—¡Me estás volviendo loco...! —le decía con tono de voz tenso y eufórico a la vez. Gruñó, la sujetó

por la cintura y con la otra mano le clavó los dedos en las nalgas para inmovilizarla y empezó a

acometerla más deprisa. Estalló dentro de ella y el quejido que salió de su garganta hablaba de apacible

agonía, de placer supremo.

Pasados unos instantes, Melisa se desplomó encima de él y le acarició los hombros y el pecho, lo

sintió estremecerse. Sonrió satisfecha.

—Mi amor, ha sido increíble —dijo ella contra su hombro—. Fue sublime.

Gabriel apenas podía normalizar la respiración, cuando un golpe en la puerta los sacó del ensueño.

Melisa se aseó en el baño mientras Gabriel, a medio vestir, recibía el desayuno. Luego la alcanzó en la

ducha y minutos después se sentaron a desayunar en bata. Comieron con hambre las delicias que había

sobre la mesa. Frutas de toda clase, tostadas francesas, magdalenas esponjosas, panqueques perfectos,

huevos escalfados, beicon. Gabriel le preparaba bocados que Melisa llevaba a la boca, mientras

hablaban de lo ocurrido en la boda y de lo que harían ese día después de descansar un rato.

Los diez días en Nueva York pasaron como un suspiro. Daban largos paseos por Central Park y por la

Quinta Avenida, tomaban café en *Juan Valdez* porque a Gabriel le encantaba y en *Starbucks* ya que era la

cafetería preferida de Melisa. Gabriel la llevó de compras a las más lujosas tiendas de la Quinta

Avenida y Melisa lo llevó a los sitios que frecuentaba cuando estudiaba en la Universidad de Columbia.

Gabriel caminó con ella hasta la Avenida Madison, al sitio exacto donde la había visto tiempo atrás

como en una visión. Melisa le presentó a Rasid, el librero indio que los recibió amablemente y les

mostró algunos tesoros que Gabriel disfrutó regateando gran parte de una mañana. Gabriel la invitó a

cenar una noche a uno de los restaurantes de Tribeca, un barrio de moda al sur de Manhattan. Melisa,

enfundada en un diseño de *Vera Wang* color azul aguamarina y zapatos *Jimmy Choo*, se robó las miradas

de admiración de más de uno de los comensales.

—¿Sabías que en Manhattan los edificios que no alcanzan la altura máxima permitida pueden vender

la altura que no ha sido construida a los edificios colindantes para que estos la superen? —le decía

Melisa mientras bebían el vino que les habían llevado segundos antes a la mesa.

—Sí, mi amor, sí lo sabía —le respondió al tiempo que le acariciaba la mejilla—. ¿Sabías que hay

más de media docena de babosos que no te quitan la mirada de encima?

—No, no lo sabía porque solo tengo ojos para el hombre más guapo del restaurante.

—¿Ah, sí? ¿Quién?

—Como si tuviera que decírtelo... — le sonrió—, aunque debería pegarte un susto por ser tan pagado

de ti mismo.

—Ni se te ocurra—dijo Gabriel mientras leían cada uno el menú—. Me muero de hambre.

—Tú siempre te mueres de hambre —le contestó ella concentrada en la lectura.

Gabriel soltó la carta, corrió la silla y se acercó más a ella. La contempló con seriedad y evocó su

rostro en el momento del secuestro, su mirada de angustia, desolación. No quería volver a ver esa mirada

en su vida.

—Mírame —le dijo.

Melisa alzó la cara y vio la expresión en sus ojos, que hacía tiempo no veía y que conocía muy bien.

—Bésame —dijo.

Ella le hizo caso, algo en su tono de voz le dijo que lo necesitaba. Lo rodeó con sus brazos, aspiró su

aroma que siempre la envolvía y le daba vida. Gabriel se separó de ella y la contempló mientras le

acariciaba un mechón de cabello.

—Quiero que seas feliz siempre. Necesito que seas feliz siempre.

—Me has hecho muy feliz, mi amor. ¿Qué pasa? —preguntó ciñéndolo con cariño. Volvió a besarlo.

Él no dejaba de abrazarla—. Aquí estoy, mi amor —murmuró—, para siempre, siénteme.

—Te siento, Melisa, te siento.

Era su última noche en Nueva York. Melisa deseaba que la velada fuera perfecta, bromeó durante

toda la cena, hasta que el semblante sombrío de Gabriel mudó a una alegre carcajada debido a sus

ocurrencias.

Al día siguiente por la mañana volaron a San Francisco, donde permanecerían otros diez días y luego

estarían una semana más en Hawai. Melisa se enamoró de la ciudad, de la arquitectura de sus

edificaciones, de sus calles empinadas y de los hermosos parques. Visitaron el Golden Gate en horas de

la tarde, en el preciso momento, en que la niebla caía como un manto sobre la ciudad.

—Mira, mi amor —le dijo a Gabriel—. Este es el momento en que el cielo besa la tierra.

—Nunca lo había visto así —le contestó él, sorprendido por su comentario.

En el valle de Napa, Melisa le dijo a Gabriel que podría vivir recolectando uvas para hacer vinos

toda su vida, con tal de deleitarse cada mañana en el hermoso paisaje. Gabriel le contestó que prefería

ser el dueño de un viñedo.

—Y como siempre, volvemos a la típica relación de jefe y empleada...

—Es que me gusta mucho. Tiene sus ventajas —sonrió ante una copa de vino espumoso que les

brindaron en una tienda del viñedo que visitaban en ese momento—. Esa sumisión, ese tener que hacer lo

que tu jefe diga, no tiene precio.

—¡Ja! En tus sueños, señor Preciado —contestó con voz ronca y espesa.

—Este viaje te ha vuelto una desvergonzada —contestó con ojos chispeantes, le besó la punta de la

nariz— y me encanta.

Eran felices desconectados del mundo y dedicados a ellos dos. Se compenetraban y se conocían aún

más. Como el Ave Fénix, resurgieron de las cenizas, convirtiéndose en personas más cariñosas,

apasionadas y honestas consigo mismas y con los demás. Fueron capaces de apartar el sufrimiento y

lograron extraer su amor intacto. Se volvieron cómplices. Si había aún algunos fragmentos sueltos en su

relación, estos volvieron a reunirse sin fisuras, creando una unidad que sabían capaz de enfrentarse a

cualquier cosa.

Melisa floreció como no había podido hacerlo en los meses anteriores, su sonrisa era radiante y sus

ojos chispeaban vida. En el dormitorio dieron rienda suelta a sus fantasías más audaces. Los fantasmas

del secuestro se alejaban cada vez más de la pasión desatada en la cama y esa dedicación cobró sus

frutos. Melisa, exudaba sensualidad por cada uno de los poros de su piel. Era bien amada. Por el día

recordaba una a una las caricias, los susurros y la manera de amar de su marido. «Estoy loco de amor por

ti» «Loco, loco, loco». Suspiró mientras lo observaba comprar unas botellas de vino. Recordó su torso

desnudo, el vello que surcaba su pecho, cada músculo y cada tendón, la pasión esmeralda en sus ojos. Le

molestaba que las demás mujeres cambiaran de actitud ante su presencia, las sonrisas tontas que le

destinaban. Gabriel ni siquiera mudaba el gesto.

En Hawai encontraron el paraíso perdido entre largas caminatas, hermosos paisajes y baños de mar

en playas de ensueño. Un amanecer en que paseaba por la playa, Melisa supo que Dios le había cumplido

la promesa.

Bogotá, dos semanas después.

Salió del baño feliz.

—Tengo nauseas —exclamó exultante y con una carcajada—. Gabriel, tengo nauseas.

Gabriel la observaba mientras se anudaba la corbata.

—Eres la primera persona que conozco que disfruta unas nauseas —la abrazó— ¿Por qué no vamos

hoy al médico?

—Un día más, quiero esperar un día más para hacerme la prueba.

—¿Por qué? Podemos enviar a buscar una prueba en la farmacia. Si es porque no quieres ilusionarte,

mírate amor, ya estás ilusionada.

—Ya estamos ilusionados. Está bien, solicitaré una cita con el ginecólogo esta misma tarde.

—Me parece perfecto y ahora me voy a trabajar para traer el pan a mi familia —besó a su esposa en

la boca y luego acercó los labios al abdomen de Melisa—. Y tú pórtate bien, pequeño renacuajo, no

hagas vomitar a tu mamá.

Melisa le dio un golpe en el hombro.

—De renacuajo nada.

Salieron de la consulta del ginecólogo con una sonrisa en la cara. En el ascensor que descendía al

parking, Melisa abrazó a su esposo y reía emocionada hasta las lágrimas.

—¡Estamos embarazados, estamos embarazados!

—Lo sabía —le dijo abrazándola y llenándole el rostro de besos.

—¿Por qué estabas tan seguro?

—Porque conozco tu cuerpo a la perfección, amor. Tienes los senos más llenos y los pezones más

sensibles.

—Bien, pues se llenarán mucho más.

—¡Alabado sea Dios!

El primer trimestre pasó sin grandes problemas, Melisa sufrió de algunas náuseas, pero en general sus

días eran tranquilos. Ella que siempre había sido reacia a gastar dinero en ella, no escatimó para

preparar el ajuar del bebé. Entre ella, Mariela y Amalia se dedicaron a bordar y a tejer con verdadera

devoción. Escogió las telas más finas, antialérgicas, suaves al tacto, los hilos más manejables. Las

marcas más famosas en cuanto a biberones, esterilizadores, bañeras y corrales. Para el arreglo del cuarto

del bebé contrató un profesional en decoración infantil.

Una de las noches del sexto mes, Melisa iba de un lado para otro en la cocina mientras Gabriel la

contemplaba con ternura. Su esposa estaba cada día más apetitosa. Ella se acercó con una ensaladera y el

abrió las piernas y la atrapó en ellas. Sus senos estaban opulentos, enormes y le acarició el vientre.

—Estoy enorme.

—Estás apetitosamente enorme —refregó la cara en sus pechos y la sentó en sus piernas. Mientras,

ella le hablaba de la pelea que había tenido con el fabricante de la cuna por no sabía qué detalle. Era

consciente del movimiento de sus labios, pero la cabeza de Gabriel estaba en la tarde en que probó sus

labios cuando volvían de Islas del Rosario, la primera vez que la había besado. La sensación volvió a él

de pronto, el mismo anhelo, el mismo nudo en la garganta, el golpeteo acelerado en el pecho.

Melisa se interrumpió de pronto.

—Gabriel, no me estás prestando atención... ¿Por qué me miras de esa manera?

—¿Cómo? —preguntó sonriente mientras admiraba la tersura de su piel, su belleza, la deliciosa boca

que no se cansaba de probar. La vida que bullía en su interior. Acarició su vientre y llevó el rostro allí.

Todos los días le hablaba, saludaba a su hijo con un enorme beso por las mañanas y por las noches le

charlaba de todo lo que hacía durante el día. Iba a todos los controles y tenía en el escritorio una

fotografía de la más reciente ecografía. Se sorprendía de los nuevos sentimientos que lo asaltaban: amor

incondicional, sobreprotección y deseos de darle a su hijo el mundo en bandeja de plata para que jugara

con él.

—Gabriel, te hablaba de la cuna.

—Sí, amor, te escucho, te escucho...

Olía la canela en su aliento, como si hubiera estado masticando una astilla, se acercó a su cuello e

inspiró su aroma que lo hechizaba, el olor a champú en el cabello. Su cuerpo henchido lo estaba

volviendo loco. Se avergonzaba a veces de la avidez con que la deseaba. Se sorprendía pensando en ella

varias veces al día. Ni el arduo trabajo, ni la última adquisición del conglomerado lo distraían de las

formas rotundas de Melisa y cuando trabajaba en la oficina de al lado en alguno de los proyectos de la

fundación, la interrumpía varias veces durante la jornada solo para mirarla, solo para saborear sus labios

y acariciar su vientre, y eso se repetía cuando cerraba con pestillo la puerta de la oficina.

—Estás imposible —reclamó Melisa e hizo el amague de levantarse.

—Quiero darte un masaje.

—Pero Gabriel, no has cenado y...

—No importa.

Esa noche cenaron muy tarde.

Capítulo 6

Melisa no descuidó el cronograma de la fundación. Había escogido un par de proyectos, después de

evaluarlos y asesorarse de los profesionales pertinentes. Cuando Olivia Ruiz volvió al país y pidió una

entrevista con ella, Melisa la recibió una tarde en la oficina.

Olivia llegó puntual, sacó de su maletín un ordenador y se dispuso a contestar las preguntas que

tuviera Melisa.

—Cuando leí la carpeta que me presentaste, me sorprendió ver el nombre del pueblo en el que vas a

trabajar.

—¿Sí?

—Es el lugar de nacimiento de un gran amigo...

Olivia la interrumpió.

—Me imagino que sabe quién soy yo.

No era una pregunta, era una afirmación. Si le iba a decir que no, le pondría las cosas fáciles. Con el

paso de los años, había aprendido que cuanto más rápido supieran con quién trabajaban mucho mejor. No

habría malos entendidos más adelante.

—No, Olivia —le contestó Melisa—. Sé de quién eres hija, pero no sé quién eres tú. No he tenido la

oportunidad de conocerte y es lo que quiero hacer antes de tomar mi decisión.

Melisa tuvo un atisbo de compasión al ver que todo amago de prevención desapareció de golpe y en

su lugar quedó una mirada confundida y vulnerable.

Olivia tragó saliva, no deseaba llorar, este proyecto era su vida, su redención. Si tuviera que

arrodillarse ante medio mundo para llevarlo a cabo lo haría sin vacilar. Era mucho el daño por reparar.

—Gracias. Déjeme aclararle algo: no tengo nada que ver con mi padre.

—Lo sé.

Melisa no le iba a decir que Gabriel la había hecho investigar hasta el tuétano, no le parecía justo. Ya

de por sí para Gabriel, ese pequeño detalle de quién era hija era suficiente para negar la subvención,

pero algo vio Melisa en ella el día de la recepción, y la forma en que presentó su estudio de la casa de

paz, se notaba el deseo de hacer buenas cosas y el amor por su trabajo. Había logrado convencer a

Gabriel días atrás. Era una mujer muy hermosa, de ojos verdes, de tono diferente a los de su esposo, la

piel fina. La boca era exuberante, con escaso maquillaje. Vestía de forma sencilla, pantalón oscuro, botas

y un suéter de cachemir color rojo. El cabello recogido en una trenza apretada. Miguel debió conocerla,

una mujer tan hermosa no estaría lejos del radar de su amigo.

—Estuve seis meses en el extranjero, en Irlanda y en España. En estos países se ha trabajado mucho

la memoria histórica. Conocí una casa de paz en España y otra en Irlanda, fueron experiencias

apasionantes. Si usted mira...

—Trátame de tú —interrumpió Melisa.

—Gracias.

—El lote en el que pienso construir la casa es una herencia y está desvinculada de todo lo que vino

después. No iba a aceptar el pedazo de tierra, pero empezó a rondar por mi cabeza la idea de hacer algo

por la población, surgieron un par de proyectos de los cuales escogí la casa de paz y aquí estoy. En

cuatro meses vuelvo a San Antonio, el papeleo de la restitución de tierras para las familias desplazadas

ya está en la recta final y deseo encargarme personalmente del asunto.

—¿No te resultaría más fácil que otra persona se encargara de realizar las cosas? Pienso que será

algo complicado para ti —frunció los hombros—, sabes por qué te lo digo.

—Te entiendo y sí, sería más fácil dejar que otros se encarguen, pero debo hacerlo yo. Tengo muchos

planes...

Melisa vio una determinación a toda prueba. Olivia era una mujer valiente, tendría que serlo, para

todo con lo que tendría que lidiar. Eran parecidas y eso le gustó. Gabriel entró a la oficina con alguien

detrás.

—Mi amor, mira qué grata sorpresa.

—Miguel...

—Hola, Melisa, estás...

A Olivia, que estaba de espaldas a la puerta, le bastaron esas tres palabras para saber de quién era la

voz, que aún atormentaba algunas de sus noches. Ese tono de voz con decibelios ásperos y profundos que

le había erizado tantas veces la piel. El corazón se le disparó y la opresión en el pecho amenazaba con

impedirle respirar. Deseó que la tierra se la hubiera tragado en ese mismo instante. Con un ligero temblor

recogió el ordenador, lo puso en el maletín y se lo llevó al pecho como si fuera un escudo de protección,

pero antes de darse la vuelta sabía, por el silencio que cayó en el lugar, que ya había sido descubierta.

—¿Qué haces aquí? —bramó Miguel.

Ella se giró despacio y lo enfrentó. ¡Virgen santa! ¡Había olvidado lo abrasadora que podía ser una

mirada de Miguel Robles!

—¡Miguel! ¿Qué te pasa? —exclamó Melisa preocupada de ver la palidez de Olivia y el temblor en

sus manos.

Pero Miguel estaba fuera de sí. Sin prestar atención a Melisa se giró y preguntó:

— ¿Qué haces aquí?

—No puedes tratar así a mi invitada —le reclamó Melisa con mirada confusa.

—Disculpen —musitó Olivia—. No quiero incomodar. Que tengan buen día.

Al salir pudo captar una mirada curiosa por parte de Gabriel y un gesto preocupado en el rostro de

Melisa. La llamaría más tarde y se volvería a disculpar. Los ojos de Miguel aún centelleaban de rabia.

Casi corrió hasta el ascensor, que tardó algunos segundos en llegar al piso. Iba a entrar en el elevador

cuando una mano le aferró el brazo y entró con ella. Había un par de personas más, no supo si el ascensor

subía o bajaba. Subía. Miguel la soltó tan pronto se cerraron las puertas. Olivia rogaba porque el dichoso

aparato volara, pero parecía que hubiera entrado en huelga. Las dos personas salieron unos pisos más

arriba y todo el espacio quedó invadido por su presencia. Siempre había sido así; él llegaba y el espacio

se empequeñecía de repente. Percibió de nuevo que se ahogaba, o a lo mejor, no deseaba respirar y

dejarse invadir por su aroma que le traía tantos recuerdos y dolor. Se quedaron solos.

—¿Qué mierda haces cerca de Melisa?

Olivia sentía la rabia crecer a oleadas. ¿Cómo se atrevía? Es más, ¿cómo osaba ella, darle tanto

poder? No era sino estar en su presencia y se idiotizaba de manera fulminante. Ya no tenía dieciocho

años, era una mujer fuerte, trabajadora y no había por qué darle explicaciones.

—No te importa.

Miguel la aferró de nuevo y la soltó enseguida como si se hubiera quemado. Ella aún percibía el

cosquilleo de la ruda caricia.

—¡Me importa! ¡Y mucho! No voy a permitir que lastimes a unas buenas personas. Tú no traes nada

bueno —esto último lo dijo con total desprecio—. No vuelvas a acercarte a ellos de ninguna manera.

—Tú no me conoces... —contestó ella en un tono de voz confuso y triste.

—¡Oh, sí! ¡Te conozco muy bien! —la miró de arriba abajo, lo que provocó un sonrojo en ella—.

Demasiado bien. ¿Ya lo has olvidado?

La puerta del ascensor se abrió y Olivia se dispuso a salir. Miguel puso una mano en la ranura de la

portezuela para evitar que se cerrara e impedir que ella saliera.

—Si les haces daño te las verás conmigo.

Olivia salió del elevador y, antes de que se cerrara la puerta, se giró y le dijo:

—¡Imbécil!

Por la mirada que le lanzó supo que lo había sorprendido. Cegada por las lágrimas, atravesó el portón

del edificio. Ya fuera, se limpió los ojos y paró el primer taxi que pasó por la avenida. Farfulló una

dirección al chofer antes de caer en un llanto desatado.

—Señora, ¿se encuentra bien? —le dijo el chofer preocupado.

—No, no estoy bien.

—¿Quiere ir a una clínica?

Olivia le lanzó una sonrisa triste en medio de las lágrimas.

—No, señor. Estoy enferma del alma y para eso no hay clínica que valga.

Miguel subió exaltado a la oficina de Melisa, aspiró el aroma que aún quedaba en el ascensor y que

era la misma esencia a jazmines y a limpio que lo enloqueció años atrás. No le gustó cuando entraron más

personas y este se diluyó. Olivia tenía razón, estaba hecho un imbécil, pero no por las razones que ella

creía. ¡Dios! Volver a verla fue como recibir un puñetazo de sorpresa en el estómago. En segundos,

rememoró muchas cosas y la sangre se le había subido a la cabeza. Más calmado, entró en la oficina de

Melisa, donde los esposos Preciado lo recibieron con una tensa calma.

—¿Nos puedes explicar qué ha pasado? —le preguntó Gabriel— ¿Por qué sacaste corriendo a

Olivia?

—Esa mujer no merece estar al lado de tu esposa. ¿La has investigado? ¿Sabes quién diablos es?

—Por supuesto que la he investigado.

—¿Entonces?

—Tiene veintiocho años, es trabajadora social con un máster en Resolución de Conflictos...

—¿Sabes de quién es hija?

—Sí.

Melisa terció.

—Ella no es su padre o... ¿tuvo que ver con todo lo que pasó en ese pueblo hace diez años? Era una

jovencita.

Miguel soltó una risa irónica.

—¡Tuvo que ver con lo que me pasó a mí! ¡A mi familia! —el rostro de Miguel mudó a un gesto

amargado, las palabras las escupía con odio—. La mujer a la que tanto defiendes es la culpable de

muchas cosas.

Caminaba de lado a lado tratando de calmarse.

—Miguel, ella quiere arreglarlo —le dijo Melisa tratando de tranquilizarlo, cogiéndolo del brazo y

llevándolo al sofá para que se sentara—. Merece una oportunidad.

—No le creo.

—Eres un hipócrita, le diste tabarra a Gabriel para que dejara todo atrás, pero no lo aplicas en ti.

—Es diferente.

—Es igual —Y Melisa lo supo con certeza—. Ella es la mujer de la que no quieres hablar. Olivia te

rompió el corazón.

Miguel se levantó de golpe y se dirigió a la salida, cogió el pomo de la puerta y respiró profundo.

—Es más que eso y ustedes no lo entenderían. Ella, me arrebató mi vida. Les pido disculpas si los he

incomodado de alguna forma. Hasta pronto.

Gabriel silbó por lo bajo.

—¡Guau! Eso ha sido fuerte, ¿no crees?

—Tendrá que enfrentarse a su pasado de una u otra forma. Le daremos a Olivia la subvención. Tendrá

mi apoyo en todo.

—Una casa no borra las heridas y si la mitad del pueblo reacciona así como ha reaccionado Miguel,

no me quiero imaginar lo que será para esa pobre muchacha.

—Olivia es fuerte, lleva años preparándose, lo sorteará. Algo me dice que lo hará muy bien y es la

única manera de curar heridas y cerrar ciclos. Las personas afectadas también desean pasar página.

—Espero que tengas razón.

—Siempre la tengo —le contestó risueña.

—Vanidosa...

—El que anda entre la miel, algo se le ha de pegar.

—¡Es una niña! —exclamó Gabriel emocionado cuando Melisa tensó el vientre por enésima vez. Y

una recién nacida se deslizó hasta llegar a las manos de su padre.

Valentina Preciado Escandón hizo su entrada a este mundo con un llanto tan fuerte que a sus padres no

les quedó ninguna duda de que había llegado a mandar. De color púrpura, sanguinolenta y sebosa, para

Gabriel fue la aparición más bella de su vida. Se enamoró de sus manos cuando una de ellas se aferró a

su dedo sin quererlo soltar y de sus facciones, que fueron recuperando el color rosado a medida que

inspiraba el aire del mundo. La enfermera le limpió la boca y le aspiró los pulmones.

—¡Es tan pequeña, tan hermosa! —exclamó Gabriel con un hilo de voz conmovido, mientras un calor

conocido se instalaba en su plexo solar y amenazaba con nublarle la vista, al ver el maravilloso regalo,

producto de un gran amor, que la vida depositaba en sus manos. La acercó a Melisa.

—Mírala, mi amor... ¡Es perfecta!

Le puso el bebé en el pecho y Melisa lloró sobre su cabecita, mientras le contaba los dedos de las

manos y de los pies.

—Valentina, te he esperado durante mucho tiempo. ¡Bienvenida al mundo, señorita! —le besó la

coronilla y una enfermera la cogió para realizarle los exámenes de rigor y cambiarla.

Gabriel permaneció al lado de su esposa sin dejar de mirar la criatura que pasaba de un profesional a

otro. La aferró de la mano y le dio un fuerte beso.

—Gracias por darme el privilegio de ser padre.

—Tú tuviste mucho que ver... —bromeó Melisa.

Cansada, sudorosa y feliz, cerró los ojos y se durmió.

Despertó algo más tarde en una lujosa habitación, rodeada de ramos de flores de varias tonalidades y

que regaban su aroma por todo el cuarto. Recordaba vagamente que le habían cambiado la bata verde de



hospital por un pijama. Gabriel estaba cerca de la ventana, anochecía, acunaba al bebé en su pecho y le

susurraba:

—Eres mi princesa, sí, mi bella princesa —le besaba la manita y soltó una carcajada nerviosa—. Me

sonríes, ya sabes quién soy, no has dejado de mirarme... Tus abuelos están locos por conocerte, te van a

consentir, mucho, mucho. Tienes dos primos, son algo mayores que tú, pero desean jugar contigo.

Dejemos descansar otro rato a mamá, ha trabajado mucho para que estés aquí con nosotros. Es

maravillosa tu madre. Además, tú y yo estamos muy cómodos, ¿verdad? La besó en la frente y se deleitó

en su olor. Era un olor nuevo: a suavidad, a pureza, a ternura.

«Gracias, Dios mío, por este regalo que me has hecho», cavilaba Melisa mientras observaba a sus

dos amores tan en comunión con ellos mismos y con el mundo.

Gabriel levantó la mirada hacía su esposa y le sonrió.

—Tu mami ya ha despertado y debe estar loca por abrazarte. Mírala —decía mientras la depositaba

en sus brazos—. Me sonrío, sabe quién soy.

—Por supuesto que sabe quién eres. Eres el hombre más apuesto que ha visto en su vida.

Gabriel sintió un nudo en la garganta y el insólito cosquilleo de las lágrimas al mirar el

resplandeciente rostro de su mujer, cuando abrazó a su hija y se dispuso a alimentarla. Después de unos

minutos de algo de dolor para Melisa, Valentina se aferró al pezón de su madre y empezó a mamar.

—Es la niña más bella del mundo... —murmuró ella embelesada.

—No te quepan dudas —Gabriel le acarició el cuello con ternura y luego, con cuidado de no aplastar

a Valentina, besó a su mujer en la boca.

—Se ha quedado dormida —susurró Melisa, mientras le acariciaba la cabecita—. Se parece mucho a

ti.

—Es igual a ti. Tienen la misma boca. Los ojos... Es muy pronto para saberlo, pero es tu mismo tono

de piel. ¿La paso a la cuna?

—Claro que sí —contestó ella mientras le pasaba el bebé.

Gabriel se quitó los zapatos, la corbata y el suéter yacían en una silla. Se acomodó a su lado.

—Me has hecho muy feliz. Hoy me he vuelto a enamorar y te lo debo a ti.

Ella sonrió.

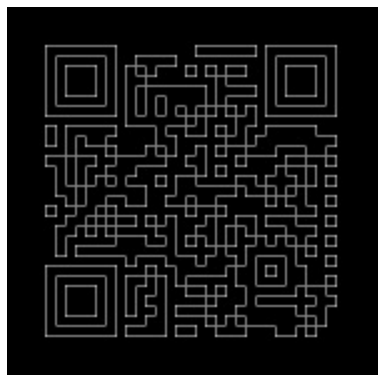
—Te vas a enamorar un par de veces más.

—¿Solo un par de veces más?

Melisa solo sonrió y Gabriel vio en ese gesto el tiempo compartido, la felicidad y el sufrimiento, la

pérdida y la esperanza. Vislumbró los años por venir, la vida, la verdadera vida con ella a su lado. Con

la dulce chica que había tropezado con él una tarde soleada en Cartagena.



Sobre la autora

Isabel Cristina Acuña C.

Nací en Santa Fe de Bogotá, Colombia. Estudié Bacteriología, carrera que ejercí por más de 15 años.

Actualmente estoy radicada en la ciudad de Barranquilla.

Soy una apasionada de la lectura desde los once años, cuando recibí mi primera novela de regalo: La

María, de Jorge Isaac. Además de leer me encanta escribir. Sé que es un camino largo y de mucho

aprendizaje, pero cuando amas algo tratas de vencer todos los obstáculos para cumplir tus sueños.

Participo de forma activa en las redes sociales ytengo un blog en el que doy mi opinión sobre la literatura

romántica:

www.isabelcristinaac.blogspot.com

OceanofPDF.com

Document Outline

- [Sinopsis](#)
- [Tabla de Contenidos](#)
- [Créditos](#)
- [Dedicatoria](#)
- [Cita El Cantar de los Cantares](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Sobre la autora](#)

[*OceanofPDF.com*](#)